

Novela Poética-Filosófica:
Miradas y Gestos

Ricardo Espinoza Lolas

1

A veces caminaba por esa antigua avenida madrileña llamada Gran Vía, y lo hacía rumbo a ningún lugar. Tengo la impresión que todos caminamos de esa manera. Se camina en versos de un poeta visionario: “caminante no hay camino se hace camino al andar y al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar”... Un día volví mi vista y vi solamente unas meras “estelas en la mar”. Era mi propia vida la que estaba ahí, ante mí. Su mirada era tan profunda e intensa que me traspasaba, que me estremecía, que me emocionaba; era una mirada íntima a tres centímetros de mis ojos. Sus ojos eran oscuramente abismales y tenían, en el fondo, un cierto resplandor y verdor que los iluminaba.

Había un cierto aire de ausencia en esa mirada, pero se me imponía con tal presencia que sentía la infinitud. ¿Eso era la infinitud?... Esos ojos femeninos, de mujer, de mi vida, de mi cuerpo, me seducían y no me dejaban proseguir mi caminar hacia ningún lugar. Así, de repente, en medio de la calle el tiempo se había detenido radicalmente y yo ya no me sentía en la profunda soledad en la que había vivido por cuarenta años. Era extraño notar cómo la gente pasaba y su pasar no era nada más que pasar. Sentía la fugacidad de mi entorno. Todo lo que me rodeaba era frágil y pasajero. Nada se mantenía en y por sí mismo. Todo estaba tocado de vaciedad... Pero, en ese instante la luz divina me acogía, con un poder total, en nada más que fracción de eternidad. Ante mi vida, mi cuerpo, me sentía seguro y confiado; me sentía como el “holandés errante” cuando ha llegado al puerto del verdadero amor, el amor de Senta... Había salido de la travesía

tormentosa a través de la falsa y aparente oscuridad, a la cual estaba condenado de por vida. ¡Ahora nada importaba! Éramos lo único infinito en medio de la radical finitud de esta simple y absurda circunstancia. Estábamos detenidos ante el abismo insondable del tiempo. De este modo gracias a esa mirada empecé a ganar, paso a paso, mi inmortalidad. En ese “gesto” ya estaba la infinitud de lo finito. Por medio de esos “Ojos de Almendra” me sentí por fin en mi hogar; ya estaba en casa, la única casa en que podemos rozar la infinitud. Éramos nada más que “transfinitos”...

2

Nos sentíamos ligados y entrecruzados uno con el otro; resonábamos en nuestros cuerpos... Fuertes cadenas nos agarraban. Eran las mismas cadenas que detuvieron a Prometeo en la montaña en algún instante inme-

morial... En medio de esa calle, en el desconcierto más salvaje y hostil del paisaje tormentoso de la ciudad alienante, estaba ella. Ahí, en el mediodía de la oscuridad, me miraba. ¿Quién es esa mujer? ¿Quién es esa vida que es mi vida? ¿Cómo me puede mirar así?... Mientras permanecía completamente atontado en ese momento de eternidad me vi transportado y sentado en un tren cualquiera. ¿Adónde iba? ¿Por qué estaba ahí? En el tren me sentía observado, la gente con gran expectación no me quitaba la vista de encima. De pronto, una señora me dijo: “¡Prosiga!”... “¿Qué?”, le respondí algo confundido. Por lo que ella me señaló, al parecer, yo estaba escribiendo muy exhorto en un papel y de repente, mientras escribía, fui pronunciando cada vez en forma más alta una historia de un hombre que caminaba por la popular Gran Vía de Madrid y de pronto, sin motivo aparente, se ve impelido a detenerse ante una bella mujer que lo mira.

Ella con su mirada lo hechizaba y él ya no podía seguir caminando como el simple mortal que era. Y en ese preciso instante pasaba algo extraño alrededor de ellos. Este hombre, como un personaje de una ópera romántica, se sentía perdidamente enamorado de esa mujer, daría su vida por ella; su mirada lo sacaba de la profunda oscuridad y soledad en la que vivía sumido desde años. Sin embargo, cuando él iba a hablar con ella, ésta ya no estaba. Ante él mismo la enigmática mujer se había desvanecido como esas antiguas ninfas griegas. Él atónito trataba de comprender lo que sucedía. Con su propia mirada la buscaba en medio de esa multitud, pero no daba con ella; sintió miedo, mucho miedo. Se sintió, de nuevo, en la oscuridad a pleno mediodía... Al terminar ese extraño relato, miré a esa vieja señora y, luego, al volver la vista al papel que tenía en las manos me di cuenta, al leerlo, de que realmente estaba escribiendo una historia de amor en-

tre dos personas que casualmente se conocían en la calle en un día muy caluroso... La señora, que era muy insistente, volvió a decirme con voz decidida: “¡Prosiga!... ¿Qué pasa ahora con estos jóvenes?”.

3

Su mirada ya no estaba en ningún lugar; ésta se había alejado para no volver o eso creía yo. Por este motivo, la gente volvió a adquirir la consistencia usual y brutal cuando las percibimos en nuestro entorno; y yo, por tanto, me sentía otra vez miserablemente fugaz. La muchedumbre lo era todo; yo, en cambio, no era nada. Era otro náufrago tratando de sobrevivir agarrado a un madero en el inmenso mar de la vida. El madero era el día a día y yo simplemente lo efímero de ese diario vivir... Ella, mi mujer fantasmal, solamente me dejó el sentimiento de la absoluta carencia. Y ¡nada más!... Las interrogantes

rondaban mi cabeza. ¿Quién era ella? ¿Cómo se llamaba? ¿Cómo podría volver a verla? ¿Era una ilusión o era real? ¿Me miraba a mí? ¿Por qué lo hacía así?... La muchedumbre, muy extrañada al ver mi rostro desencajado, me observaba expectante en la calle. ¿Por qué será que los hombres sin rostros, la gente, se paralizan cuando ven algo con vida que los acecha? Les asombra cualquier rasgo de claridad vital que los detenga en su insulso deambular sin destino ni lugar. Es posible que sea solamente curiosidad... Mi “ángel”, mi “reina” se había desvanecido como esas antiguas musas de las grutas y bosques de los poemas griegos que narraba mi abuelo. Había desaparecido frente a mí sin dejar ninguna huella ni señal de su futuro paradero. Ella simplemente se había diluido en medio de esos edificios gélidos y de plástico que configuran la arquitectura de nuestras actuales ciudades mausoleos. Tenía que encontrarla de alguna manera. Pero, ¿cómo buscar una

“aguja en un pajar”? ¡Era imposible! Creo que alguna vez ya la había visto, pero no me acordaba ni en qué lugar ni en qué momento de mi vida había ocurrido tal encuentro... O ¿es posible que todo esto sea una ilusión o un sueño? ¿Había visto o recordado solamente un gesto de la añorada infancia? ¿Estaba, como Tristán, bajo el influjo de un brebaje mágico? ¡No puede ser!... Ella era mi vida, mi cuerpo, estaba parada ahí mirándome y yo la había perdido para siempre. Me ha dado un rostro, un nombre, me ha sacado del anonimato del oscuro diario vivir... Me puse a caminar, hacía camino al andar, y no sabía por dónde hacerlo, solamente caminaba y caminaba acompañado de un mero recuerdo... Mientras lo hacía con paso rápido y muy angustiado sumergido en la ciudad, me detuve, sin saber la razón, en una agencia de turismo. Allí se promocionaba, por medio de un hermoso afiche, un viaje a la siempre cautivante y mítica Grecia...

4

“Estoy escribiendo una historia sobre mi romántico abuelo”, le dije a mi profesora. Se lo señalé solamente para que no me siguiera preguntando inquisidoramente por mi escrito. Estaba muy incómoda, intranquila y perturbada con él. Sabía que no estaba muy inspirada para escribir nada... La profesora de literatura de la universidad nos había dado el trabajo de escribir un cuento biográfico sobre un personaje cualquiera. El personaje podía ser ficticio o real. Lo que a ella le interesaba de verdad era saber cómo nosotros podíamos hacernos cargo del arte de escribir biografías. Para nuestra profesora una biografía era un arte muy difícil de llevar a cabo, pues se tenía que trabajar literariamente sobre una persona que había vivido tal o cual circunstancia en un momento determinado. Y plasmar esto en una biografía era muy complicado. En cambio, para nosotros, alumnos de literatura, el escribir biografías

era un oficio poco querido; se le consideraba, sobre todo por mí, algo fácil de hacer y sin ningún interés literario ni artístico; era una empresa de técnicos y no de artistas. No puede ser lo mismo, me decía, escribir una gran historia de amor imposible que contar una aburrida biografía de un célebre personaje de la historia... Yo, sin tener nada claro, había decidido escribir sobre mi abuelo. Sabía tan poco de su vida, porque murió cuando yo tenía a penas seis años, que escribir sobre él ya sería una historia real ya una ficticia. Al parecer era un escritor un tanto excéntrico que comúnmente escribía cuando se dirigía en tren a su casa. Creo que no terminó ninguna obra. Lo poco que se conserva de él son algunos cuentos, muchos de ellos inconclusos y con nombres muy extraños, por ejemplo, recuerdo los siguientes: *Miradas y Gestos*, *Tiempo y Pasar*, *Byron*, *Carcajadas de Rocinante* e *Ítaca*. Pero lo novedoso de estos escritos es que todos ellos siempre tienen el

mismo tema: “Una bella y delgada mujer que cautiva y estremece con su mirada a mi abuelo”. Ese gesto, la mirada de ella, lo tiene completamente cogido e inspirado. A veces mi abuelo en sus escritos llama a esa mujer, o a ese gesto, “mi vida”, otras “mi ángel” y muy a menudo “mi reina”. Yo siempre he estado cautivada con saber ¿quién era esa “reina” que enamoró de tal forma a mi abuelo? Mi padre, que es catedrático de literatura, no sabe nada del tema y siempre dice que son solamente locuras de un viejo romántico. Él, mi padre, siempre está ocupado escribiendo biografías muy detalladas de personajes ilustres. A lo mejor por eso no me gustan las biografías; es una forma de rebelarme contra él y con todo lo que su mundo mienta. Ahora está escribiendo sobre un inglés, me parece que es un poeta que murió hace mucho tiempo en Grecia... Según mi abuela ella era la mujer de la mirada enigmática de los cuentos de mi abuelo. Ella me decía muy

acongojada: “Si está claro; ¡yo soy la que describe en *Miradas y Gestos!*”. Por lo menos eso es lo que a ella le gustaba creer. Estaba tan enamorada de él que jamás se le pasaría por la mente en pensar otra posibilidad; pensar algo semejante, cree ella, sería una forma de traicionar su amor. Lo llamaba constantemente con ternura y romanticismo: “mi mago”, “mi héroe”. Una vez recordó mi padre que la escuchó, a mi abuela, diciéndole muy enamorada a mi abuelo lo siguiente: “eres bello, generoso, hombre”. Mi abuela recuerda que él tenía el poder de transformar la realidad. Era, a veces, absolutamente intempestivo e irresponsable. De un segundo para otro se le ocurría alguna locura. Y lo sorprendente de esto es que a veces las llevaba a cabo, sin importarle ninguna consecuencia de su actuar. Mi abuela siempre le reprochó que no terminara sus obras. “Escribía como los dioses...”, me decía con tono nostálgico y reprimido. Gustaba esconderse en variados

seudónimos, entre ellos, se recuerdan: Ulises, Howl, Denyz, El Hiperbóreo, Dionysos, Pedro, el cabrero. Respecto del seudónimo “El Hiperbóreo” no sé lo que significa, ni nadie a los que he preguntado... A pesar de todo esto, hay algo que no me convencía de los relatos de mi querida anciana. Lo que sucede es que las descripciones que daba mi abuelo de esa singular mujer, creo, correspondían a una musa o diosa o no sé qué que aparecía en un antiguo libro de mitología griega que estaba en casa desde antaño y que yo acostumbraba a ojear. Era un libro que permaneció desde toda la eternidad en su escritorio, estaba viejo y escrito en francés. Tenía unas figuras muy bellas de los rostros divinos, rostros casi dibujados bajo la impronta de Le Brun. Me acuerdo, porque no se puede olvidar, del gesto de la mirada dibujada de una diosa o de una ninfa... ¡Era bellísima! Estoy segura que es ella la mujer de sus escritos; sus ojos eran como almendras. Pero, no tengo

cómo probarlo. También es extraño notar que según mi abuela él nunca movió el libro de ahí. Sin embargo, y esto es muy extraño, mi abuelo escribía en los trenes, lejos de su musa inspiradora. Por lo menos eso creía yo... Hay algo que no encajaba en toda esta historia. Además, otro asunto interesante de resaltar es que mi abuelo nunca estuvo en Grecia, pero describía sus lugares como nadie. Estaba tan tocado por el espíritu heleno que no necesitaba viajar hasta allá para inspirarse, así como le sucedió a Hölderlin. Se sabía, al parecer, una cantidad considerable de mitos griegos; él mismo los narraba y los volvía a recrear inventando nuevos detalles. Según él el natural Cabo Sounion y el mítico Delphos eran los lugares más mágicos del mundo; eran lugares en donde todavía los dioses jugaban a ser dioses inspirando a los hombres a ser inmortales y así ganarle la guerra al tiempo mortal; tiempo que el asociaba al calor y a veces al viento... Sin em-

bargo, lo sorprendente es que él nunca había salido de España, incluso ni de Madrid. Finalmente, dicen que mi abuelo siempre repetía la siguiente sentencia y lo hacía con voz profunda, pero jovial: “¡En Delphos gané mi inmortalidad!”. Ni mi abuela ni nadie entendían estas palabras que escucharon por muchos años. A mi abuelo le gustaba hablar como el Oráculo de la ciudad mítica. Esto también lo repetía él: “Mi decir es el del Oráculo...”. Me acuerdo, es importante que no se me olvide este detalle de su vida, que mi abuelo se volvía completamente loco por saborear un helado. Se cuenta varias hazañas que él hizo por obtener un simple helado, que por lo general cuesta mucho crearlas; son relatos que son parte de su leyenda. En realidad no sé cuál es la razón que este dato de su vida sea importante, pero según mi adorada abuela no se podría entender a su entrañable escritor sin sus helados. Y al parecer fue un alcohólico, pero no se le veía nun-

ca borracho; aunque siempre estaba escribiendo con un vaso de Jack Daniel's...

5

La señora gorda y vieja que estaba sentada a mi lado en el tren me dijo con voz fuerte y muy chillona: “Lamentablemente me tengo que bajar en la próxima estación; tengo que ir al Hospital La Paz, ha nacido mi sobrina. Como ud. se quedó callado y enmudeció de repente no podré saber el final de su historia... ¡Qué pena!, estaba muy entretenida”. Luego se paró rápidamente y se bajó en la estación en que estaba detenido este tren; ¡qué calor hacía!... Yo estaba consternado, no sabía ni en qué tren estaba, menos a dónde se dirigía. Quería volver a concentrarme en mi escrito, pero no podía. No recordaba ni qué era lo que escribía. Miré el encabezado de estas hojas, allí estaba el título. Se llamaba simplemente *Miradas desde Delphos*.

Delphos era una ciudad que desde hace mucho tiempo me tenía seducido. No sé cuál es la razón de ello, pero es así. Siempre había querido ir al célebre lugar del Oráculo, pero nunca tuve dinero para hacerlo. Un viaje a Grecia es algo realmente muy costoso, del todo privativo para mi miserable situación económica... Mientras intentaba recordar mi inspiración originaria me sentí observado. Había una niña joven, muy delgada, no muy alta, de tez clara y hermosa sentada frente a mí en aquel vagón de ese extraño tren. Ella estaba escribiendo muy concentrada. Su figura en su aspecto global era delicada, juvenil, elegante y fina. La forma de tomar el lápiz para escribir era seguro, pero, a la vez, lúdico. Le gustaba jugar con sus manos y echarse el lápiz a la boca. Lo tenía bien mordido en una de sus extremidades. Sentí placer al ver que no era el único que tenía la manía de escribir cuando viajaba. Lo extraño es que ella nunca me miraba. No levantaba

mucho su cabeza al escribir y cuando lo hacía no me veía. Viajo tanto en tren, eso creo, todos los días y no la había visto. No la recordaba en ninguna de mis constantes rutas. En realidad, en este momento no recordaba casi nada. Empero, una mujer así es imposible de olvidar... Sigue sin levantar su frágil cabeza. Debe ser que está muy inspirada escribiendo. ¿Qué escribe? A lo mejor es una gran historia de amor, o una carta a su padre pintor, o está corrigiendo un trabajo de un alumno de una universidad perdida en el mundo, o un diario de vida... ¡Es bella! Su movimiento de su brazo es muy pausado y sereno. Su manera de sentarse es la de una princesa, con la espalda muy derecha, y lo hace como si estuviera flotando sobre el asiento. Sus labios son muy finos e insinúan una sonrisa sensual que traspasa todo su rostro. Su cuello es el de una garza que comienza a volar en un lago tropical. Pero son sus ojos los que me cautivan absolutamente; se

notan algo verdosos y luminosos. Y eso que no me está mirando... ¿Por qué no me mira? A lo mejor sabe que la veo con tanta ansiedad y le da vergüenza. Ella se está haciendo la interesante conmigo, pues es imposible que no me vea. Debe estar jugando a la seducción. ¡Es inteligente!... Creo que realmente ni me ha visto. Siempre proyecto en la realidad mis deseos, por lo menos así me lo decía una querida amiga. ¿Cómo no le puede causar curiosidad que alguien la mire como yo lo hago? Si alguien lo hiciera conmigo estaría completamente intranquilo e incómodo. En este momento levantaba la cabeza... Ahora me va a ver. Me haré el indiferente. Pero, ¡no!... Parecía que miraba en el vacío al enfocar la mirada en mí. Es como si su mirada me traspasara. ¿Cómo es posible que no me vea si estoy al frente de ella? Estoy tan cerca y a la vez tan lejos de ella. Y es tan bella... Su mirada, esa mirada... He visto a través de ella la mirada que me inspira. Es

una mirada triste, profunda que lleva una lágrima eterna que ilumina sus ojos desde su propio fondo. Ese gesto me detiene, me paraliza, me agarra, me sobrepasa, me enamora. ¿Le sucederá algo? ¿Qué quiere de mí? ¿Qué hago? Yo la miro, pero ella a mí no... Me siento como un niño de pecho; totalmente desnudo ante ella, me siento vulnerable. ¡No sé qué hacer!

6

En el cartel de promoción de viajes de la vitrina de la agencia de turismo decía: “Visite Cabo Sounion. El lugar más sagrado de Grecia. ¡No se arrepentirá! Los dioses todavía moran allí”. Yo ya había escuchado, en alguna parte, nombrar ese lugar; a lo mejor fue algún poeta que en sus textos nombraba a Sounion... ¿Quién? No me acuerdo... Mientras caminaba por esa calle infinita, todavía perturbado por ese enigmático encuentro,

haciendo camino al andar, repetía sin cesar: Sounion, Sounion, Sounion... Y ya, de pronto, estaba en mi recuerdo o en un recuerdo cualquiera... Era Atenas la legendaria ciudad de la democracia. Estaba anocheciendo y caminaba muy agitado, sin motivo aparente, por la calle Monastirakis hacia la zona de Plaka. Esta es una gran vía de comercio, restaurantes, turismo y secretos. Siempre está repleta de una muchedumbre que espera vender algo y de otra que busca comprar en ese algo su felicidad. Constantemente me pregunto la razón y necesidad de comprar cuando se sale de viaje. Lo veo tan absurdo. Me da la impresión que compramos con la oculta pretensión de creer que algún día vamos a comprar algo realmente valioso que valdrá la pena todo el viaje. Es posible que compremos por la necesidad de creer que algún día encontraremos algo que es incomprable: ¡nuestra propia dicha! Y allí no compraremos más, pero esto siempre es una me-

ra ilusión evanescente. En otro lugar de la calle ya somos seducidos nuevamente para comprar el tan anhelado objeto de eternidad. Nos cuesta creer que la eternidad no se compra. Ella está ahí al alcance de nosotros. Se puede alcanzar en una mirada, en un gesto. Es la eternidad en un día... Ya era de noche y por el calor creo que es verano. La gente me seguía ofreciendo sus productos de manera agobiante. Me sentía completamente aturdido y mareado en este lugar. Todos gritaban en griego y en un mal inglés sus ofertas para los turistas. Se podía encontrar desde una máscara de Dionisos finamente trabajada hasta una Biblia ortodoxa del siglo XVI pasando por una mala y vulgar copia de un vaso antiguo minoico. Creo que estaba a punto de desmayarme. Lo único que quería era volver a mi hotel. Estaba muy cansado había llegado recién en la tarde desde Inglaterra y ya estaba caminando en los suburbios de la ciudad. No me gusta viajar en avión,

siempre he creído que volar es un acto de absoluta soberbia. Y, por esto, algún día seré castigado por un dios ocioso. Al volar nos elevamos a la altura de lo sublime, la cual nos llevará a lo más profundo de nuestro propio acantilado. Desde lo más alto caeremos a lo más profundo. Soy hombre de tren, a través de él siempre estamos en dinamismo marchando de un lugar para otro, pero lo estamos desde y por la tierra, como debe ser y lo quieren los dioses... Me tuve que quedar descansando en mi habitación y mañana, muy temprano, salir a conocer la ciudad. Pero, como las ciudades se conocen de noche, decidí salir de inmediato. ¡Fue un error!... Mi único sueño era caminar por los lugares que había transitado el legendario Lord Byron. Se trataba de volver a construir la ruta existencial literaria del poeta. Trabajaba, para una universidad, haciendo una completa y detallada biografía sobre él. Y era de vital importancia saber porqué quedó tan cauti-

vado y seducido con este país. Para hacer una buena biografía no basta con saber las fechas y hechos significativos de una vida, sino lo realmente importante es lo que mueve el espíritu de un hombre. Se tiene que saber cuál es la inspiración que embarga al escritor, o sea, se tiene que descubrir a la Musa que lo mueve. Y esa era la misión que me había dado a mí mismo. Me había encomendado desde años atrás la misión de realizar una biografía en tales condiciones. O ¿me había dado el mismo Byron tal misión? En todo caso da lo mismo. Llevo tanto tiempo leyendo la obra de él, que siempre me he visto en la necesidad de abarcar ciertos aspectos no del todo explícitos de su literatura para comprenderla del todo, pues, por ejemplo, nunca he podido entender su viaje a Grecia y lo que esto produjo en su literatura. Y esto es muy importante para entender el verso de sus últimas poesías... Es interesante señalar que comúnmente se encontraba en sus anotacio-

nes personales dos lugares que constantemente recordaba el poeta romántico: Cabo Sounion y Delphos. Mi idea era en esa noche volver al hotel y buscar allí alguien que me ayudara a contratar un guía que me llevara a esos lugares. A lo mejor de esa manera podría entender la inspiración de Byron... Por eso había salido en la noche muy cansado a caminar por la ciudad, buscaba un guía, pero no lo había hallado. Mientras caminaba por esas calles llenas de turistas me iluminaba desde las alturas la majestuosa Acrópolis. Sí, la hermosa ciudad de las alturas me contemplaba con su mirada milenaria y distante, pero acogedora. No podía dejar de pensar que los famosos dioses griegos que reinaron por siglos los confines del mundo ya estaban olvidados. Atenea ya no reinaba allí ni en ninguna parte. No significaban nada ni para los griegos ni para nadie. Menos para mí. Yo que soy un mero biógrafo que busco con afán una inspiración ajena, pero sin creer en

ella. Era otro profano y hereje caminando por una antigua y olvidada tierra sagrada. Era un escéptico...

7

Me dije a mí misma, con bastante determinación: "... necesito inspirarme para escribir sobre mi abuelo". Sin embargo, no se me ocurría nada; mi mente seguía en blanco. Y, de un momento a otro, recordé que él escribía cuando viajaba en tren. A lo mejor viajando en el tren podía entender quién era esa musa que lo volvía loco con su mirada. De este modo, con ansias pensé: "me llevaré un lápiz y mucho papel para escribir. Seguramente hoy mismo conozco a su musa enigmática...". Cuando iba viajando en el tren, después de mucho tiempo que no pasara nada extraordinario, se me ocurrió, por mero aburrimiento, escribir una historia sobre un hombre que tratando de alcanzar la inmorta-

lidad se dirigía a Grecia para pedir el favor a los dioses. Pero, para que esto sucediera realmente, él tenía que ir a Delphos y ganar su infinitud ante el gran dios luminoso. Tenía que competir con él mismo dios resplandeciente de augurios, el lanzador de flechas, en el arte de domar al tiempo. Solamente quien domina al tiempo se adueña de la inmortalidad; esto lo sabían muy bien los dioses... Me parece que en la ciudad de Delphos se realizaban unos juegos sagrados muy particulares. Eran similares a los juegos olímpicos, pero en una atmósfera totalmente diferente de inspiración. El luminoso Apolo presidía desde la cumbre del Parnaso el juego que conmemoraba la destrucción de Pitón y, en esto, el señorío total del instante que alcanza al tiempo tornándolo eterno. Se conmemoraba la eterna jovialidad del instante en que viven sumidos los dioses, allende cualquier rasgo de fugaz temporalidad en la que están sostenidos los mortales. Los ven-

cedores, de estos juegos píticos, eran considerados dignos hijos de la divinidad. La jovialidad del instante eterno los tocaba esencialmente en su corazón nada más que mortal. Por esto, incluso a ellos se les hacían estatuas en su honor y el gran Píndaro les cantaba sus hazañas. Estatuas que se erigían como gestos inmemoriales de ese instante en que lo mortal rozó la inmortalidad; donde el pasar del tiempo inexorable quedó asumido en la risa gratuita del dios luminoso... La única manera, pensé, que mi héroe pueda ganar su inmortalidad es despertar a los dioses de su olvido, esto es, ganarle la batalla al tiempo e instaurar la eternidad. Esa será su arriesgada aventura y su misión sagrada. Los dioses estaban muertos desde hace muchos siglos, pues el tiempo del hombre se había impuesto. Ya no había instante gratuito dador de vida, sino solamente implacable transcurrir temporal que todo lo aniquila. Es evidente que vivimos en el reino del hombre, ningún

dios puede osar colocar pie en él. Si un dios pretende pisar suelo humano, necesita de antemano llevar sandalias, esto es, tiene que transmutarse en mortal. Solamente un dios caído, un dios moribundo puede acceder a tierras temporales del hombre. Por tanto, está absolutamente prohibido para el dios santificar suelo profano. Si un dios lo hace, su castigo será totalmente radical. No se permite que un dios sea soberbio y transgreda las leyes del hombre. Está negado para el dios intentar salvar al hombre de su temporalidad. Es el pecado más grave. Si comete tal falta, son las mismas fuerzas del tiempo las que acabarán completamente con él y es así como los dioses caen en el nefasto olvido. La destrucción de lo divino en su santidad del instante, o sea, el castigo a los dioses soberbios es el olvido a través del paso del tiempo; castigo tal que arranca al dios de la faz de la tierra... Me acordaba por mis clases de literatura clásica que Hesíodo señalaba en esa le-

gendaria *Teogonía* que el Cielo había sido destronado por el Tiempo y éste a su vez lo había sido destronado por la Luz. Y ahora era la Oscuridad la que gobernaba con un poder absoluto todo cuanto hay. Y lo hacía en el nombre del hombre. Era la oscuridad temporal del hombre la que ennegrecía la luz divina del instante... Entonces, mi personaje se encontraba en una muy difícil situación. Él tendría que ser alguien muy especial para poder dar luz eterna donde ahora habita la oscuridad del tiempo. Tenía que traer de vuelta a la luz inmortal desde el abismo de lo oscuro del hombre... En realidad, pensé en Delphos porque era el lugar preferido de mi abuelo. Lugar en donde él decía que había ganado su inmortalidad. Pero le faltaba a mi personaje los rasgos de un poderoso y único héroe para realizar semejante gesta. No podría ser como todos los héroes, porque su misión era demasiado importante. Tenía que restablecer el poder de los dioses, esto es, a

los dioses mismos. Él rescataría a los dioses de las garras del hombre. De este modo, el transcurrir del tiempo dejaría su trono y volvería el imperio del instante jovial. ¿Quién podría ser ese personaje tan especial para mi cuento? ¿Quién será el nuevo Heracles que pueda realizar con éxito sus desafíos? Necesitaba con urgencia algunos gestos para construir y dar vida a mi héroe. No se puede describir la personalidad de un personaje sin gestos que lo inspiren. Buscaba algo muy especial para crear a mi propio “Frankenstein”. Mi personaje necesitaba un rostro, un nombre, un gesto totalmente nuevo, nunca antes escrito, para que comenzara a vivir por cuenta propia. ¿Dónde estaba la luz que diera vida a mi personaje que yacía muerto ante mí escribir? Sin embargo, la luz no llegaba y yo, todavía, no tenía su gesto inmortal... Meditaba profundamente en esto cuando viajaba en el tren, pero nada se me venía a la cabeza. Mientras pensaba en mi futura creación, pa-

ra un cuento imposible de escribir, la mirada más extraña y penetrante me traspasó. Un hombre, un tanto joven, me miraba con curiosidad desmesurada mientras escribía en mis hojas. Esto era, en realidad, muy parecido a lo que yo ya hacía desde hace rato con él. Pero al parecer él no veía ni se enteraba que yo lo miraba con mucho detenimiento e inquietud. Yo intentaba que se fijara en mí, le coqueteaba, me insinuaba, movía el lápiz, lo mordía sensualmente, pero él buscaba en mi mirada algo que no encontraba. Lo miraba, pero él no lo hacía o no quería hacerlo. A veces no vemos lo más evidente, porque es lo más próximo a nuestro ver... Sus ojos tenían algo tan especial, que me cuesta describirlo con objetividad. Eran como dos cataratas que se desbordan en un invierno tropical. Había tanto peligro en su mirada, pero no sentía nada de miedo. Al contrario, en cierto sentido, quería quemarme bajo el calor que producían esos desmesurados ojos...

8

Dejé de buscar mi inspiración. La tenía en mis hojas. En ellas había escrito que cuando me dirigía a mi casa en el tren se sentó una bella mujer que, a su vez, escribía una historia sobre su extraño abuelo escritor. En el momento que ella escribía yo la miraba con mucho entusiasmo. Pero no sabía si ella hacía lo mismo. Nunca detenía su mirada en mis ojos, era como si no me viera. Creo, que me gustaba mucho. Me seducía y cautivaba su modo de estar sentada ahí, ante mí, escribiendo. Incluso creo que por la forma de mover su mano al escribir ya la amaba. ¡Qué locura!, me parecía a algún personaje de Puccini ... De repente, estaba muy interesado en mi escrito, mientras lo leía, tratando de hacer un vínculo entre la persona que escribía, mi personaje y yo, que la miraba sosteniendo mi escrito, cuando me di cuenta de que ella me estaba mirando profundamente... ¿Me miraba mi personaje?... ¡Sí!... ¿Me

miraba como el personaje que estaba frente a ella o me miraba como el escritor que escribía la historia en la que ella estaba mirándolo? ¿Cómo iba a mirar al escritor? ¡Es imposible!.. Sin embargo, ¿me mira a mí?... ¡No lo sé! ¡Qué importa!... Lo único que interesa es que nos miráramos. Y en esto sentí que éramos eternos en ese instante preciso y todo lo que nos rodeaba no era nada más que fugaz, perdiéndose en el tiempo por ser solamente fracción de infinitud. Me sentía seguro, protegido, cuidado en confianza junto a ella; me sentía en mi hogar. Mi soledad se había ido. Pero, de pronto, me di cuenta de que yo estaba escribiendo esta historia imposible de ser contada. Y me dio pavor pensar que podría ser solamente una ilusión enfermiza lo que escribía y, por tanto, ella no era real. Pero cómo podría ser una ficción si me estaba mirando en este momento transfinito. Y me miraba de esa forma tan cautivadora y sugerente. El gesto de ternura y comprensión

hacia mí era bellísimo. Nunca pensé que un personaje pudiera cuidar a su propio autor; que tuviera el poder de hacerlo feliz a través de su mirada... Pero, no puede ser un personaje mío, pues los dos estamos viajando en el mismo tren. Escucho el movimiento de este tren en su transcurrir, siento la gente a mi alrededor, veo los lugares pasar a través de las ventanillas. Además, veo a ese hombre, con cara de insignificante, escribir con el bolígrafo que le prestó la mujer que está sentada a su lado su diario de vida... Y te veo a ti, mi amor, mi reina.

9

No sabía cómo encontrar a un guía que me llevara a los lugares míticos que visitó Byron. Sabía tan poco de Grecia y de los griegos, ni tampoco hablaba su complicada lengua. En el hotel no pudieron ayudarme con el guía, casi todos ya estaban contratados de antes

para los circuitos turísticos y los pocos que quedaban cobraban un dineral enorme. Sin poder dormir esa noche me levanté y salí a caminar, otra vez, por Atenas. A las personas del hotel no les gustó la idea porque era de madrugada y podía ser peligroso. Me armé de valor y con mapa en mano llegué a una plaza muy oscura y extraña llamada Omonia. Estaba un poco asustado, nunca es recomendable para un turista caminar de noche y menos con un mapa en mano. La plaza es en algún aspecto parecida a la ya célebre Puerta del Sol de Madrid. Cuando era joven, viajé a España y visité Madrid por unos días. Andaba de viaje de estudios con unos compañeros de universidad. Como me gustaba andar a mi propio aire, me escapé del grupo y, luego, obviamente me perdí. Creo que caminé como un náufrago por una larga avenida llamada Gran Vía en pleno mediodía y con un calor infernal. Era agosto y hacía tanto calor que me sentía fatigado y a punto de desma-

yarme, todo a mi alrededor se me antojaba fugaz y totalmente perecedero. Yo mismo me sentí así. Era una parte más e insignificante de la muchedumbre que estaba perdida en esa gigante ciudad alienante y sin vida. Me sentía caminando en un gran cementerio; era como una especie de zombi: un muerto en vida. Todavía recuerdo que fue en ese lugar donde creí ver la mujer de mi vida... Era tan bella y me estaba mirando como pidiéndome algo. Creo que quería que la ayudara, que la salvara de algún peligro. A lo mejor el peligro era estar como parte de la gente sin ser nadie en particular; ser uno más que se pierde en el pasar de la vida... En un instante me distraje por el exceso de calor y ya no estaba, pero todavía, a pesar de los años, recuerdo su mirada. Fue una mirada que me dio vida... La plaza Omonia está habitada por personas que no aparecen generalmente a la luz del día. Son seres nocturnos y fantasmales. Tienen rostros, pero ya no

creen en ellos mismos. Son simplemente espectros joviales y lúdicos. La vida se les antoja como un juego nocturno del instante y ¡nada más! Ahí se me acercó un tipo viejo que cojeaba algo y de aspecto no muy limpio. Guardé el mapa para que no se diera cuenta de que era un turista. Podía ser un mendigo que me pidiera dinero y es lo que menos tengo. Los profesores universitarios, que investigan semejantes cosas como yo lo hago para realizar simples biografías, no suelen contar con un dinero digno que les permita darse algún gusto. Pero, en realidad, eso no es excusa para no darle dinero a un mendigo, la verdad era que no quería hacerlo, su aspecto me desagradaba mucho a primera vista... Como no entiendo nada de griego le haré una seña indicándole de inmediato que no tengo, así espero que no se acerque. Sin embargo, ya estaba al lado mío y me dijo de manera muy cortés: “¿Necesita un guía?”. Mi expresión de asombro fue total. “¡Sí!”, le res-

pondí atónito. “Lo puedo llevar al lugar que ud. quiera y a buen precio. No hay otro guía como yo en este oscuro país que cobre precios tan baratos”. “¿Por qué llama oscuro a esta bella y luminosa nación?”, le reproché un poco consternado y con tono ofuscado. “Porque ahora es un pueblo de hombres en un tiempo de hombres y no un lugar de dichosos dioses”, me contestó con voz solemne y grave. Y prosiguió con la siguiente pregunta muy curiosa: “¿Ud. ha venido a ganar su inmortalidad?”. Sin entender tal pregunta, le contesté que hacía un trabajo sobre Lord Byron para la universidad. No creo que supiera ni le interesara quién era este célebre escritor. Le expliqué que necesitaba conocer dos lugares que fueron muy importantes para él. De este modo creía que podría saber en forma mejor qué es lo que sintió el gran escritor cuando estuvo aquí. El hombre me miró y se puso a reír en forma grotesca y satírica. Y dijo en tono lúdico y caprichoso: “Ya entien-

do... ha venido a desvelar la luz de la oscuridad”. Sin entender mucho lo que decía, le conversé sobre el costo económico de sus servicios y llegamos a un acuerdo económico, prontamente, sobre lo que le pagaría si partíamos mañana mismo muy temprano. Él estaba completamente conforme y de acuerdo con la suma pactada. Para mí era muy beneficioso, no era ni la mitad de lo que yo habría pagado por un guía, pero pareciera que a él no le importaba, en el fondo, el asunto del dinero. ¿Qué le interesaba realmente? ¿Por qué se ofrecía acompañarme por un precio tan ridículo pudiendo ganar mucho dinero de un extranjero ansioso como yo de emprender viaje? ¡No lo sé! Era un total misterio... Le dije cual era mi hotel y que me pasara a buscar a la hora del desayuno, aproximadamente a las 7 de la mañana. “No hay problema. ¡Allí estaré!... La aurora será mi testigo... Ud. se ve valiente. Es un buen

personaje de esta historia”, me señaló con tono enigmático y a la vez juguetón.

10

Mientras intentaba escribir mi historia sobre el hombre que quería ganar su inmortalidad en Grecia no podía dejar de mirar a ese bello y extraño joven. Su mirada era tal que sentí que él tenía que ser el héroe de mi historia. ¡Me atraía! En su rostro estaba el gesto tremendamente heroico buscado para mi personaje; era un cierto Ulises. Sentado frente a mí estaba el héroe anhelado. Nunca se sabe cuando el destino le juega a uno una pasada. Hay que estar siempre alerta por lo imprevista irrupción del destino... Todavía no logro comprender la razón de mi sentimiento ante ese forastero con la mirada más sublime jamás vista. A lo mejor me sorprende y cautiva por algo muy simple, puede ser el simple hecho que me esté mirando. Como toda la gen-

te vive sin mirar, solamente vive y vive, nos quedamos absolutamente prendidos cuando alguien nos mira de todo corazón a nuestros propios ojos. Es una mirada que nos hace sentir como una persona absolutamente distinta al resto, nos hace sentir que somos únicos y no una mera parte de un todo vacío e impersonal... En ese mismo momento pensé en mi abuelo. Recordé que él siempre estaba escribiendo cuando viajaba en tren. Mi abuelo debe haber sido un tipo como ese joven... Me miraba con tanta pasión que me inspiró y sentí la necesidad de darle vida a mi abuelo a través de sus ojos. Él no solamente era el gesto de mi heroico personaje literario, sino que se había convertido, en cierto modo, en mi propio abuelo... En un instante estábamos mirándonos fijamente sin quitarnos los ojos de encima. Me sentí completamente desnuda ante él, era una niña pequeña ante esos ojos enormemente celestiales y transparentes. Los dos nos dimos cuenta de que es-

tábamos cautivados el uno por el otro. ¡Era evidente! Me saltaban varias preguntas en ese instante. ¿Será mi vida la que está ante mí invitándome a vivirla? ¿Será un héroe el que me mira con tanta pasión?... ¿Quién es ese hombre? En ese momento caí en cuenta de que esas eran las expresiones que usaba mi abuelo para referirse a esa musa griega que inundaba todos sus escritos. ¿Me pasaría lo mismo que a él?... El hombre que veo ¿tendrá la mirada de mi abuelo? Es como si él me viera a través de este joven. Al verlo veo a través de él los ojos de ese escritor de obras inconclusas que jamás conocí. A lo mejor solamente yo lo veo. ¡Me estoy volviendo loca!... Quería volver a mi escrito y no podía desentenderme de él. No puedo dejar de ver esa tierna mirada esplendente de ilusión y esperanza. Me parezco a esos personajes de las óperas románticas que se enamoraban de inmediato cuando veían a su futuro amado. Me sentía como Isolda cuando mira a Tris-

tán, hechizada por el brebaje mágico del amor, en el barco y muy próximos para llegar a puerto... ¡Es el hombre de mi vida! Y lo más gracioso es que podría ser solamente un fantasma y nada más que eso. Sería un simple sueño y un espejismo producto de llevar tantas horas viajando en este tren, rumbo a ningún lugar y buscando una inspiración. ¡No lo conozco!... ¡Mírame!, amor mío... No sé ni cuál es tu nombre. No puedo ni llamarte para que me sonrías. Lo veo escribir y escribir. Levanta la mirada me observa con pasión, ternura, profundidad y sigue escribiendo. Parece que no pudiera dejar de escribir, está como poseído. ¿Sobre qué escribe? Y si escribiera sobre mí. O sobre una historia de amor. O sobre Grecia. ¡Debe estar escribiendo sobre mí!, por eso me mira... Siento algo que recorre mi cuerpo por completo, cuando sus ojos se clavan en mí: me siento femenina, bella, mujer... No me deja de mirar mientras escribe. A lo mejor la po-

seída soy yo misma. Él es el que me posee. Él es mi inspiración, es mi propia musa la que me observa de manera tan cautivante. En sus ojos descubro el amor que cuesta tanto explicar y describir. Es el amor que solamente se indica a través de gestos y que el cine tiene el poder de mostrarlo a través de un simple plano, mientras que la literatura necesita de muchas palabras para indicarlo torpemente; Wong Kar-Wai sí sabe filmar el gesto, es cosa de pensar en la despedida simulada de los amantes de *In the mood for love...* Pero, ¿cómo puede ser amor si ni me conoce? ¿Cómo el amor acontece en fracción de segundo? ¿Qué escribe de mí? Sus gestos me hacen sentir inmortal...

11

Es tan bella y me mira con tanta curiosidad y sobresalto. ¿Qué estará pensando en este momento? Ya no escribe. La veo un poco in-

quieta e intranquila. Seguramente la he molestado como mi forma poca disimulada de mirarla; soy siempre tan obsesivo y ante un gesto que me arrebatara me vuelvo un poseso. Sus labios se ven tan suaves, inocentes y puros; y esa sonrisa me erotiza. Siento su candidez y su pudor en esa mirada atenta que anhela esperanza y va tras el mundo. Ahora se mueve, parece que quisiera preguntarme algo, pero está muy insegura... No puedo leer sobre qué escribía. Estoy absolutamente turbado. ¿Sobre qué lo hacía? Su belleza es tal que mi amor le ha dado vida; su cabello es castaño y cuando entran los rayos del sol, por la ventana del carro, se iluminan como destellos luminosos. He traído al mundo a mi propia creación literaria. La belleza de mi personaje me ha enamorado perdidamente. ¿Qué importa que solamente ella exista mientras escribo? ¿Qué importa que sea solamente un personaje de mi escrito? Me gusta que mis personajes adquieran vida cuando

los describo, pues es la única manera en que los puedo sentir como reales, padeciendo tal o cual cosa. Pero ahora es completamente diferente. Mi propio personaje me mira. ¡Me está mirando! Y lo hace con tanta vida, dulzura y calor... Creo que, incluso, me puede hablar... ¡Sí!, ella me susurrará a los oídos los poemas más bellos jamás cantados en la historia de los amores románticos. Y si me llegara amar... ¡Sí!, que me ame con la pasión más desenfadada y, a la vez, con la ternura más jovial. ¡Ella es mi vida! Ella tiene que ser mi vida. Es lo único que tengo y he tenido en esta absurda vida no vivida por mí, sino simplemente desvivida desde la muchedumbre impersonal en la que estoy sumergido. Es lo más verdadero que tengo en medio de tantos fantasmas entre los que estoy. ¡Es todo!... Al verla cuando leo mi escrito la veo ahí sentada frente a mí graciosamente mirándome; es como si estuviéramos juntos y desnudos acostados en la misma cama o ella

con un hermoso vestido verde, de esos turcos que ves en Estambul y yo con esas íntimas batas rojas que se llevan en Oriente. Es como una musa o una ninfa o una gracia que comparece ante mí de modo totalmente gratuito. Siento que te puedo tocar en realidad. Basta con que levante la mano y podré acariciar tu delicada mejilla. ¿Te dejarías? Tu aroma, tu sonrisa, tus manos, tus sutiles posturas para estar sentada... En este preciso momento entiendo esas antiguas leyendas griegas que me contaba mi padre, de tarde en tarde en un invierno lejano que permanece todavía en el recuerdo. Él decía, y lo creía radicalmente, que en Grecia realmente existieron los hechos narrados por los mitos. Y pensaba que hoy se podría acceder a esas experiencias arcaicas si se tuviese el simple don de quedarse detenido ante los gestos que la naturaleza nos regala en el diario vivir. Por ejemplo, decía, que uno lo podría comprobar si tiene la sensibilidad de percibir a las

ninfas cuando nos introducimos serenamente en los bosques. Ellas están ahí al lado nuestro de modo jovial y gracioso. Se las siente merodear juguetonamente en su ir y venir de un lado para otro, pero cuando uno gira la cabeza bruscamente para poder verlas, solamente quedan “estelas en la mar”; se han esfumado de inmediato. Ellas muy tímidas se deshacen ante nuestro propio rostro cuando tenemos la osadía de querer retenerlas con nuestras miradas egoístas. Lo único que permanece de las ninfas en nuestras mentes son sus recuerdos, pero estos son muy singulares y peculiares. Son recuerdos de meras sensaciones que hemos tenido cuando estamos en medio del bosque. Lo más fugaz es una sensación y solamente ésta es lo que permanece infinitamente en el recuerdo. Es un recuerdo que vuelve y retorna sin cesar cada vez que estamos en el bosque. Una ninfa es un recuerdo eterno retornante en un instante dado gratuitamente en el bosque.

¡Eso es una ninfa! ¡Eso es Grecia! ¡Eso es mi personaje! ¡Eso es la mujer que me mira y que miro! ¡Eso es la mujer que amo! Mi adorado padre fue el que me enseñó a reconocer ninfas en la vida cotidiana, no importando dónde se esté. Puede ser, por ejemplo, cuando se viaja en tren en un día común y corriente hacia un lugar no decidido y rodeado de seres sin rostros, puede ser en la cotidianidad del trabajo, puede ser una persona que siempre ha pasado a tu lado y que de repente vez con la mirada gestual y ya la vez como es, esto es, musa y ninfa, simplemente mujer y con nombre propio: Penélope, Karen, Heidi, Ariadna, Sophie. Fue mi padre quien me mostró el espíritu griego en lo que tiene de más esencial y natural. Algún día, creo, me compraré un bello libro de mitología griega. Tiene que ser un libro grande, pesado y viejo de los que se encuentran en los escaparates sucios de librerías milenarias. Me gustaría que estuviera escrito en francés para no en-

tender lo que dice y con hermosas ilustraciones multicolores realizadas en acuarela de los rostros míticos de los dioses... No puedo dejar de pensar que ella simplemente es mientras escribo. Y de esta manera fugaz me da vida. ¿Cómo la vida puede ser tan lúdica y absurda que lo más real para mí en este instante sea un personaje de mi propia creación? ¿No era eso mismo el Quijote para Cervantes? ¡No importa! Lo único que me interesa es que ella está ahí. ¡Me da lo mismo cómo lo esté! Al darle vida, mientras escribo, ella me da vida para seguir escribiendo. Estoy en un feliz círculo sin poder y querer salir de él. No es un círculo vicioso, sino el sagrado círculo del amor... Pero, ¡qué digo! Hablo solamente tonterías. Si no la puedo dejar de ver. Ella está ahí, sentada delante de mí. Y me mira efectivamente con sus ojos más grandes que su propia cara; así como esos dibujos de Hayao Miyazaki. A lo mejor yo mismo soy un mero producto de su escri-

bir... ¿Sobre qué escribe? Y si es ella la que escribe sobre mí. ¿Seré un personaje suyo que piensa todo esto porque ella lo quiere así? Y ¿si se aburre de escribir su obra? ¿Qué sucedería si ya no le gusto como personaje? Puedo ser un simple pasatiempo que esté condenado a perecer cuando se baje del tren... Ella puede estar muy ociosa y aburrida mientras viaja y por eso se puso a escribir. Siempre he pensado que en el mero gusto no hay verdadero amor. Si me creó y le gusté por algún atributo en especial que me dio, puede suceder que ya no le guste ese atributo por algún motivo y deje de escribir sobre mí. Y así de simple ya no seré más el que soy; pasaré a mejor vida. ¿Cómo puedo ser una mera ficción pasajera de su escritura? Si yo ya en este instante la amo con locura. Y ella es “mi vida”, “mi ángel”, “mi reina” que me cuida, me acoge y está conmigo. Y si en verdad yo soy mientras ella escribe y nada más que eso. Ella no podría dejar de escribir porque no

sería. Dependo exclusivamente de ella para ser alguien. ¡Se lo diré! Le diré que no deje de escribir, pues mi vida está en sus manos. ¡No lo hagas!, mi amor... Y si yo soy el que escribe no puedo dejar de hacerlo para que ella no deje de ser. Si ella no es, yo no soy nada. Por lo que veo de ambas maneras soy solamente a través de ella. Si ella es la que escribe, me da mi sustento para ser; si yo soy el que escribe no puedo dejar de hacerlo, pues dejaría ella de ser y la amo con todo. Mi felicidad depende de su mirada. Y ¿si ella no me ama? Y ¿si ya no me mira más?...

12

Al otro día, después de desayunar, nos fuimos muy temprano tras Cabo Sounion. El hombre me estaba esperando en la entrada del hotel con su típica mirada sardónica, mordaz y alegre. “¡Vámonos tras la inmortalidad! Ha llegado la hora tan anhelada por

todos los dioses... Vamos rumbo al mítico Cabo, normado ya por el mismo Homero en la *Odisea*", dijo. Lo miré sin todavía entender lo que sucedía. No había pasado una buena noche y me dolía un poco la cabeza. Ni el famoso café griego de la mañana me quitaba la somnolencia y aturdimiento en el que me encontraba. En lo profundo de la noche tuve un sueño en que recordaba a la mujer que me miró cuando era todavía un joven soñador. Ella iba alegremente montada en un extraño y famélico caballo que no dejaba de reírse, mientras paseaban por los pasillos de un hospital. Ambos estaban disfrazados de payasos y recitaban algunos pasajes del *Quijote*. Ella siempre se me aparece en mis sueños, es como un fantasma que retorna una y otra vez a mi vida a través de las historias más absurdas. Nunca me deja tranquilo, en cualquier noche puede volver a mostrarse. Es posible que no me perdone no haberla hablado o amado como se lo merecía. ¡Qué

tontería;... Para ir al Cabo teníamos que ir en coche, pues se encuentra a unos 65 km el sureste de Atenas, en el Ática. Alquilamos en el hotel, un coche muy antiguo, fue el que eligió el viejo, pues le gustaba mucho. Era un Ford Cadillac del año 60 de color verde claro, como del bronce cuando ha pasado el tiempo. El viejo me dijo: “Tome ud., como antiguo auriga de las competencias píticas de Delphos, las potentes bridas de este corcel de acero... A lo mejor con este carro gana su inmortalidad...”. De este modo comenzamos nuestra aventura. Yo conducía y pensaba en Byron, mientras él hablaba y hablaba de los dioses y como éstos habían sucumbido ante los hombres. Me contaba como la era del Cielo dio paso a la era del Tiempo y finalmente llegó la Luz. Y desde la Luz se engendró la Oscuridad... Francamente no entendía nada de lo que hablaba; sin embargo, estaba muy entretenido por el decir enigmático y seductor de ese viejo. Los ojos de mi

guía eran resplandecientes y transparentes. Conduciendo el coche a ese lugar y con este singular acompañante, una especie de Sancho, me sentía como en una gran aventura a un lugar desconocido en donde nos esperaban algunos enormes “molinos de viento”. Una aventura que no sé de qué tipo sería, pero aventura al fin y al cabo... ¡Byron espérame!, ya sabré cuál es tu secreto. ¡Descubriré a tu musa inspiradora!, cueste lo que cueste...

13

Dejo de escribir, esto es una locura y estoy absolutamente confundido. No puede ser que cuando escribo se constituya la realidad. ¡Es imposible! ¿Cómo es posible que al escribir sobre la mirada, su mirada esté ahí mirándome? ¿Cómo me puedo enamorar de “mi vida”, de “mi reina” cuando es un producto de mi ficción enfermiza?... En este momento está viéndome detenidamente y de

modo muy cautivador. Estoy muy nervioso y algo ruborizado. ¿Cómo es posible dar un salto en el vacío? Pero ¿cómo puede verme si no estoy escribiendo?... En que rara trampa me encuentro. ¿Quién me tendió tal trampa y me quiere confundir y perderme en la locura? ¿Hermes?... Ahora me doy cuenta, pues he seguido escribiendo y mientras lo hago me mira... Tengo que dejar de escribir es la única solución. ¿Qué he escrito? Aquí dice casi al final: "... pues he seguido escribiendo y mientras lo hago me mira... Tengo que dejar de escribir es la única solución. ¿Qué he escrito? Aquí dice casi al final: ‘... pues...’". No puedo seguir leyendo esto. ¡Esto es totalmente absurdo! Voy a dejar de escribir, pero no puedo... ¿Por qué no puedo? ¿Qué me impide hacerlo?... Se acabaría este escrito. Y ¡qué me importa que se acabe! Pues ¡qué se acabe!... pero no se acaba. Es parte de las redes de la trampa en la que estoy. ¿Qué o quién me ha tendido esta trampa?

¿Será algún dios bromista? ¿Hermes?... ¿Cómo el amor surge a través de una trampa? La trampa no se acaba pues sigo escribiendo... Y ella me mira. Y nos miramos sin cesar. Y lo que es peor no queremos dejar de mirarnos. Y aunque estemos uno frente al otro es como si estuviéramos a tres centímetros de distancia, esto es, estamos en la más bella, serena y jovial intimidad. Pero, ¡si esto es un escrito!

14

Para llegar a Sounion teníamos que ir por la costa rumbo al sureste. El viaje duró unas una hora aproximadamente o algo más. La carretera no estaba del todo en buenas condiciones; era bastante antigua y en varios lugares tuvimos que detenernos por obras que se estaban realizando para mejorarla. Durante el trayecto no vimos nada que mereciera la pena. Lo único que nos llamó la atención fueron dos caballos muy famélicos que esta-

ban abandonados al lado de la carretera; estos parecían que sostenían un diálogo de verdad, pues conversaban o relinchaban muy animadamente entre sí... De repente, la monotonía se quebró cuando nos encontramos con un camino muy sinuoso y peligroso que nos hizo bruscamente bajar la velocidad. Un simple descuido es suficiente en esos lugares para tener un grave accidente; la vida se te va entre las manos en un pestañear de ojos... Mientras pasaba el día fue haciendo su presencia el majestuoso e imponente sol. Al conocer Grecia uno entiende porqué ellos tenían en la antigüedad tantos términos relacionados con la luz, por lo menos eso era lo que decía mi profesor de filosofía... ¡Es el país de la luz! Se vive subyugado bajo el imperio de la claridad. Es tanto el poder del esplendor de lo luminoso que varias veces perdí el dominio del volante. El sol todo lo gobierna. Tanto la tierra como el mar y el acantilado rinden honor a su rey luminoso. Du-

rante el trayecto tenía que concentrarme en el camino para no precipitarnos en el barranco y, a la vez, seguía sin comprender del todo los enigmas que repetía una y otra vez mi guía. Hablaba sin parar sobre el oráculo de Delphos, sobre la muerte de los dioses, de las cadenas de Prometeo, del reino de la Oscuridad, de las miradas y del escribir. Realmente creía en ese instante que este viejo era un demente, estaba completamente chiflado, pero no me causaba temor. En el fondo me sentía bien, seguro y muy cómodo a su lado. Me estaba enseñando mucho de Grecia y creo que él ni se enteraba. El pobre estaba tan loco que ni se enteraba de lo que él mismo decía. Lo interesante es que me llevaría al inmortal Sounion de Byron. ¿Qué he dicho? ¡Inmortal!... El viejo me repetía continuamente la expresión: “ganar mi inmortalidad”. ¿Se referiría al hecho de estar en ese lugar mítico? No me había ni preocupado por preguntar ¿qué era Cabo Sounion? ¿Cuál

era su importancia turística? Entonces le pregunté al viejo si aquel lugar tenía algún atractivo especial, pues siempre figuraba en las guías turísticas. Éste me miró con una mirada de ángel y, a una, con ironía de un sátiro. El viejo se parecía en cierto sentido a mi hija. Pero qué brutalidad digo. ¿Cómo este viejo feo y chiflado se puede parecer a mi joven y bella hija?... Lo que sucede es que el gesto de su mirada ante mi pregunta me hizo pensar en ella... A veces pienso que somos solamente inmortales en fracción de tiempo. Los gestos nos dan ese rasgo de inmortalidad. Mi Byron es inmortal en sus gestos que percibimos cuando leemos en empatía su obra. Y este viejo tiene una mirada primaveral. ¡Ese es el gesto de mi hija! Los gestos no son de nadie. Solamente están ahí. Son para ser utilizados en momentos transfinitos. Y solamente se pueden utilizar cuando se nos ofrecen gratuitamente. Y cuando esto ocurre cogemos en nuestras manos por fracción de

segundos la esperada eternidad. Es ella la que nos toca y nos coge radicalmente a través del gesto. El gesto se da y se da gratuitamente a quien tiene ojos para verlo. Y ahora se dio en este viejo griego. No era el gesto de mi hija ni tampoco de este viejo. Era el gesto de la primavera, de la aurora, de la juventud eterna que estaba dando de sí a través de este hombre... Y mi hija ¿dónde está? ¿Qué será de ella? La última vez que estuve con ella no quería seguir estudiando en la universidad y eso me dejó algo preocupado e intranquilo. Nuestra discusión fue fuerte, creo que no entendió nada de lo que le dije. Y yo tampoco lo que ella me quería decir. La literatura no significa lo mismo para ella que para mí. Lo único que hace es soñar con los mitos clásicos y con escribir historias románticas e inolvidables, al estilo de *Casablanca*, *Los puentes de Madison*, *Memorias de África*, *El paciente inglés*. Se cree escritora, pero no estudia nada para lograrlo. Le gustaría este viaje por

estas tierras, pues aquí tendría la inspiración que busca para escribir y que siempre le falta. Quería venir conmigo, pero le dije que no rotundamente, pues primero tenía que terminar la biografía que le habían encargado en la universidad. Era un proyecto muy importante y se estaba jugando mucho en ello, pero la muy testaruda no quería escribirla.

15

Y seguí caminando tratando de recordar dónde había visto a esa mujer y dónde he escuchado ese nombre. ¿Qué bella era esa mujer? Ella no era muy alta, como de 1, 60 de estatura y muy delgada, a lo mejor entre 50 a 52 kg.; su cabello lo tenía largo, era castaño claro, pero a veces brillaba y resplandecía como el sol. A través de su vestido verde, algo oriental que llevaba puesto, se traslucían sus piernas. ¡Qué piernas! Es extraño no recordar sus zapatos, es como si fuera descalza,

como si flotara por la calle, pero sus pies eran increíblemente hermosos; daría mis ojos por ellos. ¡Sí!, sus piernas, ese tono muscular, enloquecen a cualquiera; estaba algo morena por el sol, seguramente le gusta nadar en el mar bajo el calor del divino. Es difícil explicar y describir esa unidad entre cuello, hombros, senos, brazos, ombligo, caderas y vientre. Ni el escudo de Aquiles ni los Jardines de Babilonia mientan semejante perfección; tampoco *La pasión según San Juan* de Bach, ni *Mikrokosmos* de Bartók, ni *Raga Nata Bhairav* de Shankar alcanzan su simple complejidad; Petra, Angkor, Kiyomizu-dera, Tombuctú y el Taj Mahal se opacan y oscurecen, los imponentes Amazonas; Nilo y Rhin enmudecen. El todo está esculpido en la carne por el mismo Miguel Ángel; solamente el Buonarrotti podía haber realizado semejante empresa encargada por las tres más grandes diosas: Atenea, Artemisa y Afrodita. Ellas querían una nueva Ariadna

pues pensaban en un nuevo Dionysos. Una Ariadna y un Dionysos para estos tiempos; tiempos de penuria, tiempos sin amor, tiempos sin miradas y gestos. Esa musa y ninfa fue el encargo de las tres grandes diosas y sería un don para el que tenga ojos, oídos y cuerpo para sentirla; el que tenga la fortaleza de Sigfrido para rescatar a Brunilda del anillo de fuego, la fuerza de Ulises para retornar a Ítaca desde Troya, la magia de Howl para quitar el hechizo de la envejecida Sophie, el romanticismo de Denys para comprender y sobrevolar a Karen en la sabana africana, la juventud e inocencia de Pedro para socorrer siempre en los Alpes a Heidi, las lágrimas de Dionysos para resucitar a Ariadna en el mismo Naxos, la mirada verdadera de un instalador conceptual para rescatar del infierno a su amada. ¿Qué es la Venus de Botticelli ante ella? Simplemente un espejismo. Ella tiene algo de Sisi, de Lou Salomé, de Bettina von Arnim, pero en el fondo tiene la

esencia de Helena, la que dejó al poderoso Menelao, hermano del rey de reyes Agamenón, y se fue con el bello y noble Paris. Ella es la única, hija de Zeus, del cisne Zeus, que dejó todo por amor, dejó a Esparta y se fue a Troya. Era conocida como Helena de Troya y de la guerra que nos relata Homero ya sabemos demasiado; fue esta guerra la base desde dónde surgió Occidente. Y no olvidemos cómo se enamoró Fausto de Helena y todo lo que hace por ella; no podemos entender ni al tremendo Mefistófeles sin entender el amor de Fausto. Sus senos, creo, fueron moldeados por el Buonarotti, en la fragua de Vulcano, pues se mostraban únicos y perfectos a través del vestido; eran perfectos para mi pecho, mi torso desnudo. Lo que sucede con ese tipo de doncellas es que las vemos solamente una vez en la vida. ¡Y nunca más! Después pasa el tiempo. El maldito tiempo que todo se lo lleva en su pasar inexorable. ¿Qué nos queda en el transcurrir del tiempo?

No nos queda nada real, sino meros recuerdos. Se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar, esto es, meras ilusiones. Simples gestos que se nos van entre las manos, al sacudir nuestras cabezas de memoria. Incluso estos recuerdos también se desvanecen en fantasmas que no volverán. Llegará un día en que ni me acuerde del recuerdo. Y creeré que todo fue una ilusión. Esta mujer será nada más que un “ángel” que me visitó en un momento determinado de mi insulso diario vivir. No me acordaré ni en qué lugar la vi, ni en qué tiempo fue, ni en su mirada, ni en nada. Solamente será un juego de mi mente. De una mente de un viejo enfermo... ¿Cuál es el lugar al que me dirijo? Me da pena saber que ya se me ha olvidado algo de mi recuerdo. Ya te estoy perdiendo mi amada en este preciso instante y no sé cómo impedirlo. Pero así parece que tú lo quieres... ¡Iré a la estación de trenes! Volveré a casa. Nunca tuve que salir a caminar hoy. Me siento demasiado frágil pa-

ra seguir caminando por las insondables calles del tiempo y con este calor enfermizo. Es como si nadie sintiera mi presencia cuando camino por esta ruta. Nadie se preocupa que ahí va un hombre que por un instante sintió la eternidad. ¿A quién le importa la eternidad cuando camina por esta ciudad de plástico? Parece que soy transparente en ella. La gente al pasar me ve sin verme. Nadie siente mi dolor, mi desgarró... Vi por mero instante a ese fantasma, a “mi reina” y eso me ha dado fuerzas para seguir caminando. Pero ya la perdí. Su belleza, su luz resplandecía con tanta fuerza que me perdí. ¿Por qué una mirada puede causar lo que causa? El mundo se detiene ante tu mirada. Y los colores le vuelven a su cara. Por un momento creí que se podía ser feliz aquí y ahora. ¿Bastará con un momento para ello?... Quiero ir a tomar el tren y ya ni me acuerdo en qué lugar tomarlo. No me atrevo a preguntarle a una persona por la estación de trenes; me da vergüenza

y algo de miedo. ¿Qué sucedería si a la persona que interrogo no me viera? A lo mejor yo soy un fantasma y nada más que eso... ¡Estoy confundido! Sé que ella era la mujer de mi vida y no tengo ningún fundamento racional para probarlo. Su gesto al mirarme así me lo indicaba. Era el gesto de una mujer que está más allá de mi tiempo, de cualquier tiempo. Ella me salvaría de este lugar de mera contingencia llevándome al mundo de la necesidad del amor. Pero lamentablemente ya se fue... ¿Por qué no le pregunté su nombre? ¿Dónde vivirá? ¿Por qué me miraba así? ¿Qué me quería decir? A lo mejor todo fue un espejismo, pero si fue tan real. Así debieron ser las musas de los antiguos... Siempre me acuerdo de las clases de historia en el colegio. Mi profesor decía que él creía realmente en la existencia de las musas. Y todos nosotros nos reíamos y burlábamos grotescamente de él. Nos contaba un cuento, nadie sabía si era verdad o no, que cuando joven

había conocido en el tren, cuando volvía a su casa, a un hombre que decía haber visto una musa. Ésta le miraba sentada ante él. Y cuando quiso conversar con ella se desvaneció ante su mirada estupefacta. Mi profesor decía que la mirada de ese hombre era la de un loco de verdad. Y por eso él le creía, no se puede tener esa mirada y estar mintiendo o alucinando... Ahora mientras busco la estación, las palabras de mi extraño y extravagante profesor resuenan fuertemente en mí.

16

Ese hombre me sigue mirando totalmente embobado y taciturno. Ya no puedo más con esta situación; se ha hecho insostenible y muy agobiante. ¿Qué hago?... Tomaré la iniciativa y le hablaré; pase lo que pase es lo mejor. Puedo parecer muy atrevida y desvergonzada. Tengo que hacer algo yo, porque él no se decide a hacer nada. Y si seguimos así

nos congelaremos en el tiempo, nos quedaremos paralizados... Se dará cuenta de que me gusta. ¡Qué me importa! Si ya lo amo sin conocerlo... ¡Horror! Es como si ya nos conociéramos de antes, me siento bien con él. ¡Esto es imposible! Estoy segura que es la primera vez que lo veo. No puedo seguir pensando en él; me hace mal y me angustio; no, si me gusta mirarlo, es bello y esa barba que usa, para ser joven la tiene muy canosa; es tan delgado y escribe medio encorvado, su cabello está largo, en realidad está medio descuidado, pero es como si no le interesara y cómo se viste, no combina bien su ropa; su mirada es diáfana y esos labios con esos blancos dientes: ¡me fascinan! Sí, esa boca es muy sensual, pero qué manos tiene; me erotiza simplemente verlo. Me gustaría tocar sus manos y su cara. Es extraño puesto que se ve tan joven y, a la vez, experimentado; un hombre de mundo pero virginal, aventurero y soñador pero de familia; debe ser un silen-

cio que le gusta escuchar y, a veces, cuando está a gusto debe transformarse en un parlanchín; preocupado de la gente y de la desigualdad y, a una, uno de los pocos aristócratas nietzscheano que quedan. Se ve alto, pero no tanto; está muy delgado. Tiene algo de héroe y de niño. Me concentraré nuevamente en mi escrito. Vine al tren, y que no se me olvide, para inspirarme en la biografía de mi abuelo y ahora no puedo dejar de mirar a ese extraño joven. ¿En qué estaba?... ¡Ya me acuerdo! Estaba escribiendo sobre un hombre que quería ganar su inmortalidad en la antigua ciudad de Delphos. Pero era un personaje que no estaba bien acabado, no tenía rostro. Era solamente una vacía metáfora de héroe. No puede haber héroe sin hazaña y menos sin un rostro único y propio. Éste tenía la grandísima hazaña de todos los tiempos, pero no estaba a las alturas de poder acometerla. Pues no tenía rostro, era solamente uno más entre los mortales. Y sin

rostro no puedo seguir escribiendo; no tengo inspiración para ello. Tengo que darle un gesto absolutamente propio, que sea solamente de él y de nadie más. Un gesto que haga temblar al veloz Aquiles o al inocente Sigfrido. Así mi personaje tendrá una vida tan auténtica que no habrá nada ni nadie que pueda con él... Pero, no puedo escribir sin inspiración. Y me siento tan observada por ese extraño que no tengo intimidad para proseguir. Tal vez, en el fondo, no quiero hacerlo y yo misma me pongo trabas para ello; me las invento... Y él sigue todavía ahí escribiendo y escribiendo, pero sin dejar de mirarme. Mientras va hilvanando su decir al escribir, como un antiguo rapsoda, no deja de levantar su rostro y fijar con dulzura y cariño su mirada sobre mí. ¡Lo tengo!... Esa mirada será la mirada de mi profesor de literatura que viaja por Grecia tras el enigma de la propia eternidad. Creo que al estar pensando en él me concentro mucho mejor para

proseguir con mi historia alocada. Ahora que lo estoy mirando detenidamente, me doy cuenta de algo obvio que no había visto antes. Hay una extraña conexión entre mi personaje vacío de autenticidad y mi plausible enamorado que no deja de mirarme. Mi personaje necesita un rostro para existir realmente en mi escrito y él me lo está dando cuando escribe y me mira. Mi historia necesita un elemento mágico que cautive y seduzca al lector como nunca antes había ocurrido en la literatura. Este elemento será un hombre muy viejo, enigmático y, a la vez, jovial y ameno que lo guiará a través de su propia conciencia a la ciudad de Delphos. Él debe ser en sí mismo una mezcla entre lo divino y lo humano. Debe comportar ese rasgo etéreo y gratuito de los dioses, pero, a la vez, debe poseer la fuerza más desmesurada de la soberbia humana... Es bello pensar que me inspiro viendo esa mirada luminosa que me regala sinceramente ese joven. Él nunca sa-

brá que lo amo en silencio; no quiero que lo sepa de ninguna manera. Puede suceder que nunca termine la biografía de mi abuelo, pero la profesora leerá un cuento mágico sobre Grecia que fue inspirado por una mirada, por ese simple gesto... Tengo, en realidad, tan pocas ganas de seguir estudiando literatura. No quiero saber nada de la literatura como 'oficio académico'. Solamente quiero meramente escribir y nada más. Las universidades están totalmente extraviadas en su orientación hacia el escribir y el leer... Si él fuera el eterno héroe de mis cuentos, yo escribiría uno que fuera infinito. Nunca lo acabaría, así lo tendría siempre presente en mi vida... Parece que en este momento se levanta. Me mira fijamente. ¿Me quiere hablar? ¡Qué hago!... ¡Horror!...

“¡No dejes de escribir!, por favor, no lo hagas. Si lo haces no soy nada... ¡Te amo!”. Mientras le decía enfáticamente esto, veía que me miraba con sus enormes ojos oscuros sin comprender nada de mis palabras. Su cara de asombro era total. No le podía decir la verdad o lo que yo creía que era la verdad. Ella era solamente un mero producto de mi alocado y alucinante escribir inspirado por los dioses. Pero, ¡qué importa! Porque sin ella yo no soy nada; eso lo tenía bien claro. Mi propia creación es la que me da vida. Tú crees que vas en un tren, crees que eres una estudiante universitaria de literatura, crees que trabajas en una biografía sobre tu abuelo, crees que escribes en este instante un cuento sobre cómo un hombre ganó su inmortalidad en Delphos, crees que yo te miro, crees que te amo y crees que me amas. Todo esto son meras ficciones que escribo para entretenerme cuando dejo de lado mi eterno,

aburrido y rutinario trabajo biográfico sobre Byron. Ya estoy harto de recopilar datos y datos de ese egoísta y romántico poeta... Estoy repleto de cuentos e historias que nunca termino; soy un escritor totalmente fracasado, escribo cuentos inconclusos para mí mismo. No los puedo terminar o no los quiero acabar. Y en todos ellos, tú siempre estás presente y te vuelves hacia mí y me miras como solamente tú sabes hacerlo. Siempre lo haces de alguna manera distinta, pero lo haces para seguir haciendo lo mismo. Y de este modo todas mis historias se quedan truncadas, pues tu mirada me deja absolutamente cautivado y paralizado. Y ya no quiero seguir escribiendo para que la historia no termine y así no te pierda para siempre. Creo que ya estoy perdidamente enamorado de ti, en el escribir inconcluso y eterno te amo y me amas por siempre... La única forma en que puedo salir de esta trampa en la que estoy encerrado es que seas tú la que

escribas y termines radicalmente la historia. Pase lo que pase es necesario que así sea. Yo no tengo fuerzas para dar fin a esta historia y a todas las demás; le tengo un pavor horroroso a la soledad. Pero esto no te lo puedo decir, no lo entenderías y no me lo creerías. ¿Quién lo creería?... Tienes que seguir creyendo que eres tú misma la que escribes y que no puedes dejar de hacerlo hasta que termines este cuento sobre la inmortalidad de una vez por todas. Si por el contrario, terminas de escribir ahora en forma abrupta, dejando inacabado tu cuento y te bajas del tren, nuestro amor quedará totalmente diluido y paralizado para siempre. Será otro amor más entre creador y criatura en que la imposibilidad de sus sentimientos los pierde a ambos en un abismo insondable del cual jamás se regresa. Pero, creo que lo he hecho todo mal, con el tono brusco, golpeado y delirante que te he hablado en el tren lo único que he logrado es asustarte, alejarte y que no

comprendas nada. Algo te diré para darte confianza, es posible que me regales una de esas sonrisas que me fascinan: “Amor, no tenga miedo. ¡Mírame detenidamente a los ojos!... Puedes confiar en mí. Escucha a tu corazón, él te dirá que sí a mi llamado... ¡Sígueme!”; en este momento me mira con distancia, un poco de reserva e inseguridad. “Nacimos para amarnos. ¿No lo sientes?... Estamos ligados el uno al otro desde toda la eternidad; resonamos el uno en el otro. Nos esperamos por tanto tiempo en nuestras serenas moradas de soledad y ya, por fin, nos encontramos... Soy un escritor que escribe una biografía, y que no me gusta hacerlo, sobre Lord Byron para una prestigiosa editorial inglesa. En verdad soy escritor de novelas, pero a las editoriales eso no les interesa mucho en la actualidad. Ellos necesitan trabajadores, eruditos esclavizados a los datos biográficos de célebres personajes de la historia. Como no quería trabajar en una bio-

grafía de Chesterton ni de Shaw, como la editorial me lo exigía, me ofrecí para realizar una renovada y distinta biografía de Byron. Se trata de intentar reconstruir el periplo vital del autor a través de su obra y de ciertos lugares que él visitó y lo dejaron absolutamente cautivado. Me parece que la idea les gustó y me han dado su apoyo económico. Es un trabajo experimental que si resulta puede causar una revolución en el horizonte de las biografías. Estaría todo por volver hacer y escribir. Imagínate que se tiene que imbuirse del espíritu viajero del autor y en la medida de lo posible realizar nuevamente tal hazaña para redescubrir su inspiración originaria que se trasluce en su obra... Esta idea se me ocurrió por puro azar, como no quería hacer lo que me estaban imponiendo, les propuse lo primero que se me vino a la cabeza. Algunos dicen que el caos es generador de orden y necesidad... Es posible que eso sea lo que me tiene ahora totalmente embar-

gado en mi trabajo. No puedo no dejar de investigar y trabajar en ello. De Byron no sabía nada, nunca había leído algo de su obra; en cambio, de Shaw lo conocía bastante bien, pues de su novela *Pigmaleon* había realizado mi tesis doctoral en la universidad. Pero incluso así no quería hacer lo que me estaban imponiendo, no haría nunca una biografía de él; sería una vergüenza... ¿Por qué elegí a Byron? Francamente no lo sé, simplemente se me vino ese nombre a mi mente cuando estaba en el despacho de mis jefes. A lo mejor fue una inspiración de los dioses...”. ¡Qué expresión tiene en su rostro! Sus ojos casi se les salen de la cara con todo lo que le he dicho; ya no están oscuros sino medio verdosos. Creo que me está sonriendo, eso es una buena señal. Debe pensar que soy un loco que se escapó de un hospital o un megalómano que busca apabullar o que le estoy diciendo cosas raras para impresionarla. No puedo seguir hablando con ella,

me coloco muy nervioso y se dará cuenta de que algo pasa. Mejor que le diga algo de la verdad; por ahora lo nuestro es imposible. Voy a ir tras Byron, sin importar sacrificio alguno: “Olvida todo lo que te he dicho. Intenta pensar que nunca sucedió y vuelve a sumergirte en tu escrito. Es mejor que creas que soy una ilusión producto de tu cansancio. Lo nuestro no puede dar nada bueno. Los imposibles nos acechan a cada instante. Lo que sucede es que mañana viajo a Grecia a buscar la inspiración final para entender radicalmente a mi autor. Ya no tendremos tiempo para conocernos y estar juntos. Tengo que ir a ese lugar es esencial para mi proyecto y, después, ya no tendré otra oportunidad para viajar con respaldo profesional y económico. La editorial está financiando toda esta empresa y no la puedo defraudar... Byron estaba completamente cautivado y hechizado por Grecia. Los últimos momentos de su vida los pasó allí; estaba dispuesto has-

ta dar su vida por la liberación de los griegos de las manos turcas. Y en Grecia hay dos sitios que son muy importantes para el poeta. Siempre en sus cartas hablaba de Cabo Sounion y de la mítica Delphos. Creo que allí podré dar con ciertas claves que me permitan entender lo que le pasó por la cabeza a mi extraño romántico en los últimos momentos de su vida. En esos lugares algo muy especial acontece, aunque no sé lo que es con certeza”. En este momento de mi relato su rostro estaba envuelto de total asombro. Parecía como si quisiera decirme que continuara con mi cuento o que no la dejara de lado ante mi inminente viaje. “Estoy seguro que en esos lugares podré encontrar la musa que inspiró a Byron en su vida. En cierta forma las musas todavía deben estar ahí esperando a un noble afortunado a quien inspirar”. Ella proseguía callada, muy atenta a lo que le decía, se mordía un dedo de su mano izquierda y su mirada me traspasaba como un rayo

atraviesa la campiña. Esa mirada me tiene completamente estúpido. ¿Qué hago? Si fui yo mismo el que creó esa mirada y ahora me tiene completamente prendido a ella y no puedo continuar con mi misión editorial. “¿No te das cuenta de que nos estamos mirando hace mucho tiempo? No solamente nos hemos encontrado en este viaje en tren, sino en muchas ocasiones distintas... Tu mirada me eleva, me inspira, me hace crear, ser mejor, pero también me hace amarte y cuidarte... Mi abuelo tenía un libro antiguo de mitología griega en el escritorio de su despacho, estaba escrito en francés, yo con mi inglés, lengua que nunca la he sentido como materna, entendía muy poco lo que decía, pero me fijaba en sus imágenes; las cuales mostraban a variados seres mitológicos desde ciertos gestos de sus rostros. ¡Eran bellísimos! En esas imágenes había una que era muy especial, era una figura de una musa o ninfa que tenía exactamente tu mirada.

Aunque parezca raro y extraño lo que te digo es absolutamente cierto. Y ahora cuando escribía en este tren no he podido dejar de recordar esa mirada al ver la tuya. ¡Son extrañamente las mismas!”. No sé si estuvo bien decirle lo del libro, lo de las miradas y lo de Grecia. Se puede confundir y era lo que no quería hacer. ¿Por qué siempre hago lo que no pretendía hacer? No quería confundirla y creo que lo hice nuevamente. Yo mismo ya estoy muy confundido con toda esta historia...

18

“¿Dónde queda la estación de trenes, señora?”, le pregunté abruptamente, y no con buenos modales, a una graciosa mujer de avanzada edad que pasaba junto a mí con una sonrisa muy jovial en su semblante. Ella me quedó fijamente mirando y, no prestando atención a mi falta de educación, me dijo

con un gesto inolvidable: “¡Joven! En su mirada veo a un hombre enamorado que busca respuestas fáciles; espero que no sean demasiadas. Cuando se está tocado, como ud. lo está, por el amor más desbordante lo mejor es dejarse llevar por el instinto; éste es sabio consejero en asuntos del corazón. Sin embargo, a veces nos trae unos cuantos problemas en lo moral... Hace bien estar enamorado, nos sana nuestro cuerpo enfermo a causa de la monotonía de la vida. Aunque ud. crea que produce mucho dolor el sentimiento de extravío que nos demanda el amor, en el fondo éste le enseñará finalmente el camino de la inmortalidad”. Me quedé atónito ante esas palabras. ¿Estaba extraviado en el laberinto del amor? ¿Tendría que seguir mi instinto para volver a encontrarla? ¿Era posible volver a verla? ¿Cómo se sale del laberinto? No sabía qué responderle a esa extraña mujer que me conocía en lo profundo de mi corazón. ¿Quién era ella? ¿Qué le había pregun-

tado? Y en la presencia de su sonrisa me sentía seguro y confiado, como en mi propio hogar: “¿Está segura?”, fue lo único que atiné a decirle, mientras ella no dejaba de sonreírme de modo juguetón y con cierta complicidad. “Debemos ganarnos la inmortalidad; es nuestra misión vital... Y es la única forma en que los dioses nos la conceden, pero ud. ya lo ha hecho. Se es inmortal viviendo sujeto al día a día en su inexorable pasar. Creo ver en su mirada que los dioses le favorecen y mucho. No hay tiempo que perder decía un poeta, creo... Carpe diem!”. Otra vez más los dioses con un poder inaudito se me aparecen en este día tan singular e inolvidable. ¿Cómo es posible que los dioses me favorezcan si yo siempre me he sentido uno más entre los hombres que deambulan por la vida sin hacer nada especial?... Creo que ya me acuerdo de la pregunta originaria que me hizo detenerme ante esta señora, en pleno mediodía, sin sombra alguna y con ese calor

infernol: “Quiero saber, ¿dónde está la estación de trenes más cercana?”, le volví a preguntar con un tono de voz muy seco y rápido. “¡Ahí en Atocha!... Si se da vuelta, la verá... A veces no vemos o no queremos ver lo que es evidente; es posible que sea a raíz de estar a mediodía parado bajo el sol sin ninguna protección”, así me contestó con voz dulce. Me di vuelta y ahí estaba la gran estación de Atocha invitándome a sumergirme en ella. En verdad, no la había visto. No sé cómo no me di cuenta de que estaba ahí ante mi mirada. Le quería dar las gracias a esa señora por su visión aguda, pero ya no estaba. No pude dar con ella... Ha sido un día muy raro y cansador y todavía es muy temprano para que termine. ¿Qué más falta que ocurra? Mejor es no querer saberlo. Los fantasmas todavía me acechan. Creo, debe ser mi estado de locura temporal, que ya había visto a esa mujer, pero no recuerdo el lugar... Era su gesto el que recordaba con mucho ahínco.

Una vez más son los gestos los que me indican el camino que tengo que hacer al andar en el diario vivir. ¡Ya entiendo!... Era un gesto parecido al que tenía mi abuela fallecida hace muchos años. Mi amada y recordada abuela que tanto echo de menos se me presentaba a través de ella. Era un gesto que no veía hace tanto tiempo, pero que es imposible que pueda olvidar. ¡No!... No era el gesto que me hace transportar a un pasado que pretendo olvidar, sino que realmente era el gesto de mi abuela. De esa pobre mujer que murió cuando yo era un niño. Me quería mucho y me trataba siempre muy formal de ud. Fue el fantasma de mi abuela el que me encontré buscando esta estación que estaba ante mis propios ojos. O fue ella la que me encontró a mí. ¿Cómo es posible que mi abuela sea, a una, la mujer que me orienta en la vida y que me encuentre azarosamente viendo en este instante? Mi abuela y esa mu-

jer son parte de ese gesto, son desde él. En él ellas se tornan “transfinitas”.

19

“Mi estimado y joven auriga, le explicaré cuál es la importancia de Cabo Sounion en nuestras vidas; espero sinceramente que pueda comprenderlo en su justa medida”. Al decir estas palabras recién me percaté que yo no tenía ningún problema para entenderlo; este hombre viejo y demente hablaba un perfecto inglés del que ahora solamente se escucha de vez en cuando en un ambiente refinado del algún lugar de Oxford. Esto era sorprendente y maravilloso. Por esta razón, lo interrumpí rápidamente. Y le pregunté cómo y dónde había aprehendido hablar esta lengua de modo tan fluido y con un acento tan clásico. Él con la sonrisa cómplice y desenfadada de un sátiro me dijo burlescamente: “¡Ud. es el que habla perfectamente grie-

go! ¿No se da cuenta de ello?”. Después de esas palabras se rió estrepitosamente. Eran tan desmesuradas sus carcajadas que llegó a atragantarse... No podía comprender lo que sucedía. ¿Me estaría haciendo una broma de mal gusto? ¿Cómo yo podría estar hablando una lengua que desconozco totalmente?... Y el viejo de repente se calló y continuó con voz sombría y misteriosa: “Lo que acontece en Sounion es que inexplicablemente allí está todavía presente y con todo su poder natural el dios de los mares, de los vientos y del tiempo... Y de este dios tónico depende que ud. gane su inmortalidad en este viaje. Ya lo verá ud. mismo, el consejo del dios marino es muy respetado entre los dioses. Su poder es sabiduría ancestral para ellos, pues...”. No pude contenerme y con voz brusca y desagradable le dije a ese viejo loco que terminara de hablar de los dioses y de decir que yo ganaría mi inmortalidad. Ya estaba completamente aburrido con el tema repetitivo de

este anciano. Ya no me hacía ninguna gracia toda su loca verborrea. Y su mirada tan sardónica y desbordada ya me molestaba mucho... Él a causa de mis palabras se quedó en silencio y muy serio. Era una seriedad de cementerio. Luego, con voz indiferente, muy fría y de ultratumba me señaló: “¡Mire!... Estamos llegando a Sounion”. Allí, frente a mis ojos, en la cumbre de la colina se divisaba las ruinas de un templo muy antiguo. Es como un pequeño Partenón, pero más abismal por lo arcaico de su espacio circundante. Pronto sería el mediodía y el sol ya reinaba con gran majestuosidad, lo que producía en nosotros un espectáculo sin comparación. Empezamos a subir con el coche hasta donde pudimos por un antiguo camino de tierra que bordea el terreno. Era tan complicada la topografía del entorno que decidimos detenernos y proseguir a pie nuestro ascenso precipitado a la cumbre. Como ya no había ruta trazada hicimos camino por un estrecho

sendero de tierra y piedras sueltas. No había nadie en el lugar. Se respiraba la soledad más radical ahí, pero ésta no era un sentimiento que nos diera paz y que nos impulsara a seguir adelante, sino todo lo contrario. Era una soledad muy inquietante y perturbadora que cuesta describir, pero que, a la vez, nos hacía sentir un sentimiento de arraigo a la tierra que pisábamos y que nos demandaba un absoluto silencio por estar en suelo sagrado. Costaba caminar con seguridad por esa cumbre y no desbarrancarse. Junto con lo resbaladizo del terreno, el viento se sentía cada vez más fuerte y nuestras piernas temblaban mientras más caminaban... Por más que le hacía preguntas a ese hombre durante nuestra subida, éste no me contestaba nada. No sé si estaba enojado o no me escuchaba o pretendía hacerse el interesante. Lo único que hacía una y otra vez era señalar con el brazo hacia la cumbre. Con la mano izquierda me indicaba el templo y continuá-

bamos ascendiendo velozmente. Creo que le escuché decir en algún momento: “Se hace camino al andar”... El sol me quemaba mi delicado rostro y su luz me impedía ver con claridad donde pisaba. No debemos olvidar que el exceso de claridad nos deja sumidos en la oscuridad. A lo mejor fue demasiada la luz de los dioses para el hombre y por eso nos quedamos paralizados en nuestra propia oscuridad... De pronto, se levantó un viento delirante que nos impedía ver y detenía nuestro avance. El polvo del aire nos molestaban los ojos, era como pequeños pedazos de vidrio que se nos clavaban. Ya era una verdadera tormenta la que nos recibía e invitaba a bailar. Se podía desde la cima percibir algo del inmenso cielo azulado, junto a un mar embravecido que nos quería devorar. Y esas escasas e imponentes columnas erguidas del templo eran el único y mudo testigo de lo que nos costaba mantenernos en pie y

pensar con cierta claridad. Estábamos completamente sobrepasados ahí...

20

Este hombre me impresiona con su manejo ostensible y grandilocuente de sus palabras. Me parece, también, algo confundido y un poco desquiciado. De su mirada saltan rayos fulminantes nacidos en la fragua de Hefais-tos. Creo que no me dice todo lo que piensa; hay algo que oculta en su propio resplandor... ¿Cómo me puede amar de esa manera que señala sin conocerme en absoluto? ¿Por qué quiere de manera tan vehemente que siga escribiendo? ¿Tanto se juega en lo que dice o es la típica pose de un galán conquistador? ¿El pobre da saltos en el vacío al mostrarme sus sentimientos? ¿Me habla como si supiera que yo lo amo? ¿Cómo podría saber algo que se esconde en lo más profundo de mi corazón? Es muy extraño, pero es tan be-

llo, noble, ingenuo e inocente mi particular héroe; es un hombre... Su decir cobra tanta fuerza y poder en sus gestos corporales que mi alma se paraliza y se estremece. Es como si todo lo que nos rodeara se detuviera ante nosotros repentinamente porque de suyo no tiene consistencia alguna para conmovernos vitalmente. En un instante todo ya es diferente en mi vida y todavía no sé por qué lo es, pero lo es efectivamente. Es algo que siento y no lo puedo negar, se me impone con todo. Por fin me siento segura y algo más confiada. Mi fragilidad y timidez que me acompaña a todas partes cobra consistencia a través de sus palabras. Ya no me siento como algo espectral y evanescente que camina por una vida que no es la suya, esto es, como un engaño de vida, una vida como destino. Ya no me siento en soledad, ni en angustia. Me siento libre y lúdicamente inmortal a su lado. Y el resto no me importa nada. ¡He despertado! ¡Quiero respirar! ¡Quiero vivir! ¡Re-

clamo libertad!... ¿Qué es el resto de los mortales sino simplemente una excusa vacía y superflua?... A lo mejor de esta única manera mi personaje puede ganar su inmortalidad en Delphos. Es posible que en la libertad esté la inmortalidad para mi héroe sin rostro... Me desconcierta bastante que me hable del antiguo libro de mitología escrito en francés. Es muy parecido al que... ¿Cómo será posible tanta coincidencia entre este joven desorbitado y mi abuelo despistado? Creo que el viaje en tren me ha acercado, al final, casualmente a mi abuelo, pero a través de un gran rodeo. Este confundido joven me da ciertas claves y pistas para entender a ese enigmático escritor que se me escabulle por todas partes. ¿Por qué será que todos estamos vinculados, en cierto modo, por medio de la escritura? Es como si ella fuera realmente el motor de nuestras vidas. ¿Es posible que sea el escribir lo más vivo de todos nosotros? ¿Es posible que la vida no sea más que otro trazo

del escribir?... Cuando me habla de su trabajo experimental sobre Byron sus ojos resplandecen como luciérnagas que intentan iluminar la oscuridad del bosque milenario de alerces. Él es mi musa que me inspira susurrando a mis oídos mensajes celestiales... Sigue hablándome joven poeta ilusionado con tu viaje y enamorado de tu doncella. Yo sin saber ni cómo te llamas veo a través de tus gestos el amor eterno que da todo de sí en un instante que se devora cualquier límite. ¡No te bajes nunca de este tren! ¿Qué sería de mí si cuando escribo tú no estás para inspirarme?... Pareces sacado de otro tiempo; de un cuento inconcluso de Hoffmann o de los hermanos Grimm. Tu forma de vestir, de hablar, de sonreír, de caminar, de peinarte son formas tan poco usuales. ¡Tus manos son de otro mundo! No entiendo cómo la gente de este tren no se detiene a contemplar alegremente a mi renovado quijote grotesco. Su bolígrafo con el cual escribe obsesivamente

tampoco no es de este mundo, es como de esos que aparecen en las antiguas películas americanas de cine negro de los años cuarenta. Su papel en donde plasma su locura está tan arrugado y ajado que no puedo no recordar uno de los tantos planos en perspectiva en blanco y negro de *Ciudadano Kane...* o de un film de Murnau. No puedo ver lo que está escribiendo en esas hojas. Las letras nos las distingo con claridad, se me desvanecen como pompas de jabón. Es como si fuera un personaje de ficción, de desmesurada envergadura y con el comportamiento del megalómano Kane o del soberbio Aguirre de Herzog. Él es justamente el hombre que necesito para mi cuento tremebundo. ¿Tendría mi abuelo algo de este forastero intempestivo e inactual que me tiene impresionado como si fuera una niña pequeña en los brazos de su padre descomunal? Mañana viaja a Grecia y me dejará nuevamente en mi inquietante oscuridad; quedo sumergida y

atrapada en una trama de Poe o en un film de Antonioni... ¿Qué haría yo para ir con él? ¡Llévame aventurero! ¡No me dejes!... He estado tanto tiempo en soledad y ahora que te he visto y haz tocado mi vida no puedo perderte y dejarte marchar. ¿Cómo le digo que quiero por siempre viajar con él a los lugares más entrañables que busca con afán el aventurero del corazón con sed de eternidad? Pero él debe saber o sentir lo que mi deseo más íntimo anhela...

21

“Es tan fuerte el viento en su pasar y la claridad de la luz en su iluminar que no veo nada... ¡Me he quedado ciego!”, le grité sobrecogido al anciano. “El dios lo está saludando con alegría y está probando su fuerza mortal”, me dijo con voz risueña y serena. Me parecía que el viento no lo afectaba en nada. Caminaba con tanta tranquilidad y seguri-

dad, mientras yo no podía ni sujetarme sobre esas piedras; aunque creo que se calló algunas veces, pero se levantaba rápidamente y proseguía. Sus ojos claros se iluminaban con el esplendor celestial de las viajeras doncellas aladas del sol que vienen y van desde las puertas de doble uso de la noche y el día en su pasar. Y sus cabellos canosos y largos ondulaban al ritmo musical del clamor de las trompetas de la ventolera abismal que alguna vez derribó a las murallas de Jericó en su soberbio estar. El templo del dios de los mares está totalmente en ruinas, está en el silencio más desconcertante que todavía en su hablar no quiere claudicar a pesar del olvido en que se encuentra y en el cual permanecerá por mucho tiempo. Diviso en mi ceguera visual que quedan algunas columnas aún levantadas, como señales de lo que fue alguna vez el sentimiento al temor implacable del dios. Las columnas son muestras del pasar tangencial de lo inmortal sobre el ritual del

mortal. El templo está orientado mirando directamente la faz del dios, para que de este modo éste busque cobijo y asiento en el trono mortal, pero marmóreo del lugar sacro que lo invita a estar a gusto en la casa de la fugacidad. Desde la cumbre se puede ver todo el imponente y azulado mar y algunas islas que se asoman para ver con curiosidad al profano en su intento de hacer camino al andar... A lo lejos creo ver la inmortal Égina que con su bello templo que conjuntamente con Sounion y la Acrópolis forman el triángulo sagrado del ritual mortal que busca aplacar la ira caprichosa del dios que solamente quiere jugar... Pero es tal el viento que ya no puedo mantenerme en pie y la rigidez de mi cuerpo por mantenerse erguido se desmorona radicalmente en el suelo del presente temporal. “¡Es inevitable!... Nos vamos a caer al acantilado. La muerte nos está esperando”, le grito con temor furibundo a este viejo hombre de otro mundo que nada

lo asusta. En ese preciso momento ya no sabía dónde estaba. No lo podía ver por ningún lugar. Traté de girar de posición, pero el viento me lo impedía. Y me tenía atado en ese sitio por fuertes cadenas de mortalidad. Me daba tanto miedo que cambiara la dirección de ese bestial viento, pues esto podría significar la inestabilidad corporal y el tropezón final al fondo de toda inseguridad. Creo que estaba a punto de perder la seguridad de mi estar en pie. ¡Me caería! Era lo más probable y seguro. Pero era tan tremendo el espectáculo que ya nada me importaba. Sentí la presencia de lo terriblemente envolvente, pero que es tan bello que te hace perder cualquier rasgo de cordura. Es la belleza indomable que te sumerge radicalmente y te aniquila en su mera singularidad. Es la belleza de la tragedia griega que rompe con la diferencia que quiere marcar solamente lo distinto de lo mortal y lo inmortal. Tantas veces había escuchado hablar en clases de filosofía

sobre el célebre asombro del pueblo griego y como éste había levantado toda la cultura occidental. Ahora lo estaba entendiendo desde el fondo mismo de la cuestión pues ahora lo sentía en todo mi cuerpo... Pero, ¿dónde estaba el viejo? No lo veía por ninguna parte. ¿Se habrá caído? ¿Se lo habría tragado la tierra o el mar?... De repente se me vinieron varios pensamientos a la cabeza; me acordé de mi hija y pensé que había sido un gran error no viajar con ella. La experiencia que estaba viviendo allí era formidable y tenía que haber sido vislumbrada por ella; se lo merecía, ella era la creativa, mítica y romántica escritora de la familia; yo no era nada más que un biógrafo frío, aburrido y sin fe en nada sublime... También me di cuenta de que eran los dioses los que me saludaban en este momento en la cumbre de Sounion. ¡Sí!, eran ellos; todo lo que estaba sucediendo era una prueba irrecusable de su total manifestación. Y por fin sentí en carne pro-

pia las palabras de ese viejo loco. En todo lo que estaba sucediendo estaba en juego en cierta manera un tipo de competición. Algo que es muy normal en la esencia del pueblo griego y que plasma el rostro de la divinidad. Era una competencia en que había solamente un solo premio para el ganador: la inmortalidad. Ya estaba suficientemente claro para mí lo que me había dicho mi original guía. Si no muero he ganado mi inmortalidad. Y a lo mejor no solamente la mía. Mientras pensaba esto, sentí que mis piernas ya no estaban clavadas al suelo. Era como si de un momento para otro fuese liberado por algo que me tenía atado a la tierra. Y así pude lenta y libremente salir de esa posición tan incómoda al borde del acantilado y retirarme muy cuidadosamente hacia atrás junto a una de las caras del templo. Muy fatigado y sin darme cuenta me apoyé con la espalda en una columna cualquiera de las que se mantenía todavía en pie. En ella estaban escritas

unas palabras en mayúsculas que con la erosión del lugar no se podía distinguir lo que decían. Estas palabras podrían ser muy antiguas. Pero al final de ellas se barruntaban cuatro letras gastadas ante mi mirada. Creo que decían: "... YRON...". ¿Esas letras indicarían la palabra Byron? Quedé completamente conmovido y extasiado. ¿Era la firma de puño y letra de Lord Byron? Cuenta la leyenda que en ese lugar Byron había escrito unos versos de amor para una mujer que lo tenía totalmente enloquecido. ¿Sería la firma de esos versos? Intenté descifrar lo que decía el resto de las palabras, pero se me hizo imposible. Solamente tenía una especie de apellido, él era el que me iluminaba ahora en ese instante de bienvenida atmosférica, danzeca y divina.

¿Qué tren tomo? ¿A quién le pregunto? ¿A ese señor! Se fue, no lo alcancé... ¿Para dónde voy? Ese tren de ahí va saliendo en este momento rumbo a Alcorcón. Y creo que pasa por la bella estación de San José de Valderas. ¡No!, no puedo ahora ir para allá. Todavía no ha llegado mi tiempo, pero lo hará... Yo me dirijo a Viña del Mar, a mi Ítaca... ¡Ese me sirve! Tengo que llegar pronto a la universidad. Ya me acuerdo de todo. Se me había olvidado que hoy mis alumnos me tienen que entregar, para que los lea, sus creativos cuentos fantásticos. Es el trabajo de final de semestre y hay mucho en juego. No es algo que se haga por amor de las notas, sino que se hace con todo corazón como un ejercicio esencial de libre creación literaria. Es una pequeña obra que surge de la mano inspirada por la musa. Es un intento en reconciliar al escritor con su diosa protectora. Tengo muchas ansias de leer un trabajo en especial.

Es de un alumno que le gusta la mitología clásica. Y no solamente es un gusto superficial y pseudo intelectual por lo mítico griego, sino que en él hay una empatía intrínseca entre lo divino como horizonte de posibilidades y lo humano mismo como el ejercicio y la realización de tales posibilidades. Creo que ese joven, por el genio literario que habita en su espíritu, puede llegar bien lejos si se lo propone y se le ayuda. Las posibilidades le saludan en su caminar como escritor; él solamente tiene que realizarlas y llevarlas a sus propios límites. Una vez me dijo, no sé si lo decía en serio o no, que era nieto de una escritora muy especial que siempre escribía cuando volvía en tren de su trabajo a casa, era una aburrida oficinista de un banco. Él la admiraba mucho, era como un paradigma en el cual se podía reflejar y el que pretendía imitar. Creo que conserva algunos cuentos de ella. Yo no conozco ninguno, pero por lo que me ha contado él son cuentos no muy

convencionales. En estos relatos no interesa tanto lo que se dice, sino cómo se dice. La materia misma del escribir entrega su puesto esencial e histórico a la forma en que ella se muestra. Lo que quería mostrar, era su manifiesto, es que todo escribir reposa en y por sí mismo y no en lo que se escribe, es allende a cualquier historia. Más que la historia contada lo que importa es que se cuenta de un modo determinado. Ella y mi alumno estaban muy inspirados en el cine radicalmente de montaje, en especial de Welles y sobre todo en el gran *Vértigo* de Hitchcock... No me puedo acordar en este momento del nombre de esa mujer... Este chico una vez me leyó en clases un cuento de su abuela. Todos en el aula quedamos completamente cautivados y anonadados con ese relato. Era uno de sus preferidos; se lo sabía casi de memoria. Era un extraño y complicado relato de un inglés que realizaba una biografía sobre el poeta Byron. Esta idea que parecía muy simple de

narrar se mostraba desde varias perspectivas distintas; en donde cada una era un camino a seguir en un laberinto. Tales perspectivas no las puedo del todo rememorar acertadamente hoy, se me hace muy confuso poder hilvanarlas de modo lógico y coherente. Pero puedo señalar lineal y parcialmente el eje que las reunía a todas. Este hombre se trasladaba a Grecia, gracias al apoyo económico de una editorial que confiaba en su proyecto, para conocer dos lugares muy queridos por el escritor romántico. Uno era el magnífico Delphos, el otro no recuerdo cómo se llamaba. Pero si recuerdo la descripción que hacía del lugar, era majestuosa y seductora. Por la forma de escribir su historia no estoy muy al tanto de lo dicho propiamente tal, sino más bien de cómo lo decía y qué efecto producía en mí. En ese relato hablaba de muchas cosas: El cielo azulado, la claridad del sol, el mar embravecido, el viento tormentoso, las excentricidades de un viejo guía nativo, el

juego del tiempo en su pasar. Todos estos elementos se imponían y se sentían como rasgos de lo divino. Se sentían con una fuerza inaudita y descomunal a los dioses griegos en esas líneas. Esas palabras eran un acto de fe de un joven pagano, eran unas palabras en las cuales los dioses habitaban a sus anchas, buscaban refugio en ellas... En este preciso instante tengo la convicción de que ese escrito no era de su abuela, sino de él mismo. Es capaz de hacernos creer en la existencia de su abuela, para de este modo ocultarse en el silencio de lo anónimo; es como si buscase ser un enigma dentro de otro enigma... Ese joven es muy creativo; llega a ser un peligro para los demás. Su capacidad creativa envuelve a todo el mundo, es como un hechizo que embriaga al hombre común y lo extravía en lo más oscuro y caótico de sí mismo. Hace del hombre un nuevo Penteo tocado por lo dionisiaco, lo que lo transfigura en una sombra desbordada de sí... Ahora recuerdo el

segundo sitio que buscaba con mi memoria; ese sitio era Cabo Sounion. No solamente era el lugar del cuento, sino que también ese fue el lugar que en la mañana vi promocionado en la agencia turística. Yo ya sabía que había escuchado ese nombre en alguna parte. Con lo enloquecido y perturbado que estaba por esa mirada de “mi vida”, de “mi musa” no me había percatado que ese lugar ya lo conocía gracias a mi alumno... ¡Qué joven tan singular! Y pensar que él nunca ha salido de Madrid, pero describe cualquier lugar del mundo como si ya los conociera; ese es el caso de esos sitios griegos que mostraba como nadie lo había hecho alguna vez. Ni yo creo que pueda conocer Grecia, pues no tengo ni el dinero para ello ni el poder para crearla en mi imaginación. Pero para él nada es un obstáculo. Basta con que se imagine algo para que este algo cobre vida ante sus ojos. Es un pequeño dios caído entre mortales. No le debemos temer ni rechazar,

sino que debemos escucharlo y entregarnos a sus encantos y hechizos. Y así poder vivir en esos pequeños mundos que nos ha creado este dios de barro para que nosotros vivamos alegremente. Sus relatos son mundos que no tienen comparación alguna con los miserables atisbos de vida de los simples mortales que siguen padeciendo la miseria de la falta de inspiración. Una vez me dijo muy seriamente: “Profesor, yo no tengo ninguna necesidad de viajar por el mundo. Mi escribir escribe el mundo y lo que la escritura es, se hace...”. Así de soberbio y tajante es este pequeño megalómano creador. Me acuerdo que nos quedamos todos mirando con rostros algo estupefactos en la sala de clases con tales palabras. Siempre le gusta hablar como un oráculo; su decir es muy pausado y cada palabra la hace surgir desde el silencio. Se toma todo el tiempo del mundo para afirmar o negar algo que se está discutiendo. Nada lo apura o le quita su propio ritmo vital. El

tono de su voz es grave y algo oscuro... Sus compañeros siempre se están riendo de él y le hacen muchas bromas. Le dicen irónicamente la Pitonisa de Madrid... Un día llevó a clases un viejo libro de mitología griega que estaba escrito en francés. Yo intenté traducírselo, pero él decía que no le interesaba lo que el libro señalara. Él todo se lo imaginaba. Le gustaba ver detenidamente las figuras impresas de los dioses, era como un niño boquiabierto ante un nuevo juguete. Le seducían las musas y las ninfas en especial. Él decía que había una que lo inspiraba. Siempre hablaba de esa musa que él identificaba con Ariadna... o ¿era Clío? Ella era la única que había domado al tremendo Dionysos, con su hilo se había dado muerte al bestial Minotauro y se había ganado la inmortalidad de manos del mismo Zeus. ¡Sí!... ahora recuerdo que él fue el primero en decir que se había “ganado la inmortalidad”. Era la misma expresión que me dijo la señora. Pero él lo

decía de Ariadna... Ese libro tan viejo había sido de su abuela, de la escritora. Ella siempre lo tuvo en su escritorio de su despacho que tenía en su casa. El libro pertenecía a la escasa herencia que le quedó de ella, junto a esos cuentos inconclusos... Tengo muchas ganas de leer su relato fantástico; seguro que será muy novedoso y, a la vez, desafiante y explosivo.

23

Yo soy el que escribo esta historia

Yo soy el que escribo esta historia. ¡Solamente yo! Los rostros que han aparecido en estos relatos son personajes de una trama circular en la que todos se tocan entre sí en ciertos aspectos gestuales de este montaje literario. Mientras escribo y describo a los personajes en sus gestos, ellos tienen vida real y efectiva. Son felices, se enamoran, se desilusionan, su-

fren, caminan por la calle, buscan el sentido de la vida, se desconocen en lo más propio de sí, viajan a lugares enigmáticos, se miran perturbadamente entre sí, se desmayan, se desplazan en trenes, desean con afán un helado, conocen a seres extraños, buscan la inmortalidad, emprenden aventuras heroicas, realizan biografías, fantasean con la ópera y el cine, sueñan sueños ajenos e imposibles, intentan detener el paso del tiempo, se rebelan ante su creador, se quedan paralizados sin saber qué hacer y adónde ir, escriben historias inconclusas, viven el instante... En el breve y fugaz momento que les doy su ser, luchan vital y afanadamente por seguir existiendo, aunque sea en esa sutil fracción de tiempo que les designo. En ese miserable tiempo que les concedo para que se realicen o mortifiquen mutuamente, intentan crear un mundo en donde puedan vivir a gusto y en plenitud. Todos intuyen y a lo mejor algunos saben que en el fondo no son nada,

meras ficciones de un ocioso y aburrido creador. Sin embargo, ellos son increíbles porque de ese engaño sacan fuerzas para seguir adelante, a pesar de cualquier cosa que se les designe abortándoles sus proyectos de libertad y felicidad. Mis criaturas no son solamente mis hijos entrañables, sino que son mis héroes, mis únicos héroes de todas las aventuras que escribo... Mis personajes en sus múltiples gestos son todos bellos y merecen nuestro mayor respeto y cariño. No hay miradas ni malas ni buenas, ni vencidas ni vencedoras, ni grandilocuentes ni miserables, solamente hay miradas que en el instante son inquietantemente bellas. Cuando las escribo y describo me dan vida, me siento más vivo. No creo en dioses solitarios que viven alejados y por encima de su creación. Hay necesidad en la creación por parte del dios, es una necesidad que busca dar plenitud de jovialidad al propio creador. Se es creador solamente en y por la criatura, se

tiene ansias de creación, no solamente para saber quién soy, esto es, un dios creador, sino que para ser parte vital en el tramado mismo del caminar de la criatura. Se es más dios en la medida en que se es creador, un creador involucrado de por vida en su creación, un creador que se le va la vida en su creación, un creador que se puede incluso morir por falta de amor por parte de su criatura. Padezco con mis hijos todos sus sufrimientos y todas sus pasiones. Pero no los puedo ayudar a realizar su felicidad más que lanzando señales oraculares disuasivas y preventivas para los que tengan ojos y oídos para verlas y escucharlas. Saben en sus corazones que sus vidas son efímeras, agarradas fuertemente a la superficie del día a día. Son vidas pasajeras, tan pasajeras como la mía; yo vivo y me desvivo en las historias existenciales de mis personajes... ¡No me gusta terminar mis historias! No lo puedo hacer por ningún motivo, de este modo mantengo con vida a mis

hijos. Hago cuentos inconclusos para que mis criaturas puedan seguir siendo lo que son, seres libres proyectados en el futuro con sus sueños y deseos. Pero en esto, soy yo mismo el que sigo vivo por siempre. Si terminara un cuento dejaría de escribir en el acto. Y al hacerlo ya no sería nada, solamente la sombra de un creador. Mis personajes y yo nos debemos nuestra vida al escribir. Es el escribir, y no el escritor ni el escrito, el que escribe todas nuestras vidas tratando de dejarlas abiertas en libertad, abiertas a nuestros íntimos sueños. Vivimos en y por el escribir. Las palabras son las generadoras de nuestras vidas, en ellas somos, nos movemos y existimos, desde ellas nacemos y en ellas finalmente perecemos. Tanto el escritor como el personaje escrito son momentos del escribir. Momentos que se codeterminan entre sí. Es el escribir el que se escribe a sí mismo tanto como escritor tanto como personaje tanto como la necesidad misma entre escritor y

personaje. Y es el escribir el que escribe esta historia, estas historias entre sus escritores y sus personajes y el vínculo que existe entre ambos. ¿Se ha entendido lo escrito en este escribir?

24

Yo soy el que escribo esta historia

Yo soy el que escribo esta historia. Y la escribo para la clase de literatura clásica de la universidad. Este es un trabajo con el que se finaliza el semestre académico y se cierra en parte una etapa de mis estudios avanzados. Necesito tener una muy buena calificación por mi historia, por eso me he tomado tanto tiempo en escribirla. Así podré optar a una beca por un año a una universidad de prestigio en Inglaterra. La beca te permite estudiar en detalle a un escritor británico y su vinculación al mundo antiguo. Yo en mi trabajo

literario intenté ligar a un escritor romántico con Grecia. Como mi abuelo siempre leía desde muy joven a Lord Byron y me hablaba con mucho entusiasmo y pasión de él, se me ocurrió la idea de hacer una historia sobre un hombre que estaba realizando una biografía nada convencional sobre este escritor para una editorial inglesa de prestigio. Y para realizar su proyecto tenía que viajar inexorablemente a Grecia. Pensaba que allá podría desentrañar cuál era la oculta inspiración que movía a este romántico poeta. Su hipótesis de trabajo es que toda persona en general y cualquier personaje célebre en especial está sujeto a una inspiración que lo mueve y lo determina en la vida. Por tanto, realizar una genuina biografía de alguien era encontrar esa inspiración originaria y constitutiva y verificarla en el lugar mismo de los hechos, de este modo podría el biógrafo sentir una empatía real con el personaje y solamente así se podría finalmente escribir una biografía

acertada, única y distinta de las ya escritas. Fue esta hipótesis de trabajo lo que fascinó a la editorial y lo que le permitió viajar a Grecia con los gastos pagados para que llevara a cabo el proyecto en cuestión. Estaba mucho en juego porque si salía bien la biografía estaría todo por escribir nuevamente. Se tendrían que escribir una cantidad enorme de nuevas biografías. Lo que supondría grandes ganancias en lo económico para esta editorial debido a la exclusividad del método biográfico. Esto era el trasfondo radical que se escondía tras el viaje de este biógrafo al mundo antiguo. Pero en Grecia, algo ocurriría que lo cambiaría todo, allí conocería a un extraño viejo que lo iniciaría en el secreto más sagrado de la antigüedad. Los dioses lo habían elegido para que devolviera la luz al hombre. En él estaba el poder para ganar su inmortalidad y la de todos. Sin embargo, para conseguirlo tenía que lograr que la oscuridad diera paso a la luz. Esto lo realizaría en

dos lugares míticos conocidos por Byron: Sounion y Delphos. En ellos todavía se podría sentir a los dioses jugar a ser dioses reales y no meras ficciones de unos inocentes e ingenuos paganos. El viejo guía sería fundamental en su papel de Hermes para nuestro biógrafo. Tendría que llevar el mensaje doble. El mensaje de lo eterno a lo finito y de lo finito a lo eterno. Lo divino y lo humano se darían la mano en ese extraño viejo que guía a nuestro protagonista; empero, finalmente dejé el cuento inconcluso... No sabía cómo terminarlo. Hice tantas redacciones distintas y ninguna me convencía. Pensé muchos posibles finales, pero ninguno me gustó. La idea de mi cuento es buena, pero algo le falta. Todavía no sé qué es. A lo mejor lo retomo mañana y lo termino. Está en juego una posible beca al extranjero. Creo que será así la manera en que yo gane mi inmortalidad.

Yo soy la que escribo esta historia

Yo soy la que escribo esta historia. Tenía que escribir una biografía para un proyecto académico, algo que no me apetece en demasía. Y después de mucho pensar y como no se me ocurría nada, inventé la historia de un abuelo cualquiera que sería mi abuelo. De esta manera no tendría que investigar nada en detalle, porque todo sería una invención mía, lo cual me aliviaría bastante el trabajo. Ya no tenía mucho tiempo para hacerlo. Cuando me imponen una tarea me cuesta mucho inspirarme para hacerla... ¿Cómo sería mi abuelo? Después de mucho pensar, me imaginé a un hombre muy excéntrico que escribía sus escritos cuando volvía a casa en tren. Como era una biografía pensé que debería haber alguien que conociera a este escritor y me contara ciertas cosas suyas. De lo contrario pasaría mi trabajo por ser muy po-

co serio y creíble. Inventé una nieta, que como un detective de una historia oscura de Hammett, paso a paso va investigando el pasado de su abuelo. Y ella descubre, a través de un extraño bibliotecario, que los escritos de su abuelo estaban inconclusos, pero tenían un tema que predominaba en ellos. Una enigmática mujer. Era algo así como una musa griega que lo inspiraba a escribir y que se había transformado en su personaje fundamental. A tal nivel era lo que lo seducía que estaba completamente cautivado por la mirada de ella y esto lo llevaba a no terminar sus relatos. Temía que si terminaba una historia ella desaparecería para siempre. Y por ende no volvería a visitarlo... Me imaginé a un escritor así, porque un día vi a un joven muy atractivo y guapo en el tren que escribía con mucho ímpetu en un papel viejo y arrugado. Y me dije: “¡Así mismo lo hará mi personaje!”. Nunca podré olvidar la mirada tan penetrante de ese chico. Me sedujo

por completo. Se veía un hombre seguro, pero a la vez muy frágil. Era como un niño inocente y atrevido. Como yo era muy tímida no le dije nada. Me gustaba, pero preferí el silencio una vez más. Lo dejé estúpidamente marchar. Cuando se bajó en la estación de Príncipe Pío me miró de reojo de un modo único y especial. Y me di cuenta que era la mirada de la despedida. Yo no atiné a nada, me paralicé. Y nunca más lo volví a ver. Creo que le gusté, estoy segura de ello. A lo mejor era el hombre de mi vida. Y lo dejé pasar. ¿Por qué dejamos pasar la efímera, caprichosa y veleidosa oportunidad de ser feliz cuando ésta golpea radicalmente en nuestro corazón? Todavía pienso en él... Es otra ausencia más en mi vida que retumba con mucha fuerza en mis recuerdos.

26

Yo soy el que escribe esta historia

Yo soy el que escribe esta historia. La escribo por puro aburrimiento para que simplemente pase el tiempo sin que me dé cuenta de nada. Estoy acostumbrado a sacar un papel viejo y ponerme a escribir cuando viajo en tren. De esta manera se me pasa el tiempo en forma rápida y no pienso en nada de mi triste, plana y gris vida. Me gusta imaginar situaciones inverosímiles, románticas, imposibles y luego darles forma real en este mundo sin colores y olores. Un día como cualquier otro me hice una pregunta: ¿cómo sería una historia en que el que escribe se enamora de su creación? Y así me quedé atrapado en mi propia historia. Por esta razón, mi personaje escritor no puede dejar de escribir. Porque si lo hace éste ya no existiría. Y si su personaje desaparece él muere en ese preciso acto, pues está completamente enamorado de él. Se enamoró de su propia creación, una mujer que le gusta escribir mientras viaja en tren, una mujer que cree que escribe una biografía

sobre su extraño abuelo. Mi escritor se ve en la necesidad de darle vida para que ella crea que es ella la dueña de su destino. Y lo hace haciéndole creer que es una escritora que quiere hacer un trabajo sobre su abuelo y que cuando viaja en tren se enamora de un joven escritor que al día siguiente parte a Grecia a buscar, en un proyecto alocado, la inspiración de Lord Byron. Era tan entretenida y sorprendente la historia que escribía que no quería acabarla y mientras la hacía no podía dejar de reírme. Las ideas se me agolpaban en mi cabeza, no tenía tiempo que perder; solamente tenía que dejarme llevar por la inspiración y no detenerme ante nada. Me pasó lo mismo que a mi personaje escritor. Si me detenía se acababa toda la magia entre el escritor y su obra con vida propia... Lamentablemente, cuando estaba absolutamente abocado a mi escrito, llegué a mi destino y tuve que dejar de escribir y me bajé del tren; creo que se me perdió hasta el papel

donde estaba escribiendo la historia. Constantemente pienso en terminar la historia; lo he intentado varias veces, pero ya no puedo, he perdido la inspiración que me embargaba en ese instante memorable. Incluso me he subido al tren y he viajado hacia el mismo lugar, pero no pasa nada. ¡Absolutamente nada! Fue la genialidad de un mero momento y como tal pasó, sin dejar rastro alguno... Pensar que tuve una buena y creativa idea; sin embargo, la dejé pasar como ese hombre, del que cuenta Kafka, que estaba parado desde hace mucho tiempo ante una gran puerta y no se atrevía a abrirla. Paso una vida allí y la vida se le pasó y se murió; y nunca supo que esa puerta era la puerta de su felicidad. Murió triste a raíz de su inseguridad ante la vida, su poca fe en sí mismo lo perdió... Uno siempre cree que es el dueño y autor de sus escritos, pero eso es totalmente absurdo y estúpido. Es el escrito quien nos posee... ¡Nunca tuve que dejar de escribir!

Yo soy el que escribe esta historia

Yo soy el que escribe esta historia. Un día caminando por la calle recordé a mi abuela. Y lo hice porque una señora me sonrió con el mismo gesto que ella lo hacía. Así de curioso, un gesto bastó para inspirarme... En la noche, después de llegar de mi trabajo, me puse a escribir una historia en donde yo era un profesor que caminando por la calle vio o creyó ver a una mujer con una mirada tan bella que en ese momento sintió la eternidad. Nada ya valía la pena. Un pequeño gesto era más valioso que mil acciones. Amaba completamente a una sensación. ¡Y nada más! Cuando se daba cuenta de que era ya tarde y tenía que volver a su universidad a escuchar la exposición de unos trabajos literarios de sus alumnos, se encontraba con la imagen de su abuela en el gesto de una graciosa señora. Ella lo exhortaba a reconocer

en el mero hecho de sentirse enamorado, por el gesto de esa mujer, que ya se había ganado su inmortalidad. Luego, cuando iba en el tren rumbo a la universidad empezaba a recordar a un alumno extravagante, pero muy capaz e inteligente que tenía en su clase de literatura y hoy era el día en que le entregaba su cuento fantástico. Y al parecer en ese cuento encontraría las claves de lo que le había sucedido durante el día... El cuento estaba muy interesante, pero como era de madrugada estaba muy cansado y dejé de escribir. Mi mujer quería que me fuera a dormir. No puede hacerlo si yo no estoy junto a ella. Al otro día intenté seguir escribiendo, pero la inspiración se me había ido. Es muy difícil retomar un escrito cuando se ha dejado en forma abrupta... El escrito se venga de tal ofensa. Los escritos son muy pretenciosos y caprichosos. Se les tiene que tratar con mucho cuidado. Cualquier gesto impertinente lo pone de mal humor. Uno nunca sabe

comportarse ante ellos. ¡Son unos niños! Los malcriamos y nos producen muchos y continuos dolores de cabeza.

28

Yo soy el que escribo esta historia

Yo soy el que escribo esta historia. Lo hago después de llegar desde Grecia. Fui a ese país inolvidable para poder encontrar la inspiración que movía el espíritu del gran Lord Byron. Tenía que hacer una biografía sobre él. Pero yo quería hacer algo distinto. Hay tantas biografías de Byron y dejan mucho que desear. Siempre me habían cautivado sus cartas donde describe el celebre Cabo Sounion y la mítica ciudad de Delphos. Así que finalmente me decidí y viaje a esos lugares. Pensé que en ellos se encontraba algo que había alimentado el espíritu de este brillante escritor. En Grecia conocí a un simpático

viejo, trabajaba en el hotel donde me alojaba. Él me guió a través de distintos lugares por ese maravilloso país. Aprendí mucho de esa persona tan especial. Era un poco excéntrico, hablaba un muy buen inglés debido a que había estudiado en su adolescencia en Inglaterra. Gracias a él pude sentir algo de lo que sedujo al poeta. Creo que conocí a mi escritor escuchando las historias que narraba este viejo. Uno no sabe si son reales o meras invenciones, pero eran muy entretenidas... Me acuerdo que me habló tanto de Sounion que mis expectativas sobre el lugar eran enormes. Y como siempre ocurre me defraudé. Estaba llena de turistas. La cantidad de coches y autobuses aparcados me irritaban. Había muchos comerciantes vendiendo la típica porquería que se les vende a los extranjeros. El frío era tal en el lugar que lo único que quería era tomarme un café. Existía un restaurante allí y el dinero por un miserable café cortado era completamente desmesura-

do. Cuando le reproché el precio al mozo, me contestó alegremente que uno pagaba no solamente el café, sino también estar en Sounion... Y finalmente, el famoso templo de Poseidón me defraudó bastante, pues estaba absolutamente destruido, sucio y muy poco protegido de la gente. Además, no pude encontrar entre lo que queda de las columnas la inscripción que cuenta la leyenda que hizo Byron a una mujer. Bueno eso creía yo. Al parecer lo único verdadero de esa historia es que escribió su nombre en alguna columna... Estaba tan malo el tiempo, que la clásica puesta de sol se estropeó por unas nubes y después se puso a llover. Ante eso mi inspiración en ese lugar era de malestar y desagrado absoluto. Lo que quería era irme de ahí lo antes posible y volver al hotel. Si no fuera por ese viejo esa travesía sería un fiasco. Él trató hacerme reír durante todo el viaje contándome cada historia de la dominación turca en Grecia... No me quiero ni acordar

de Delphos. Ahí hasta nos nevó. Los dioses se debieron mudar de ese lugar. Todo era una completa ruina muy mal cuidada y poco restaurada. Esa ciudad solamente era un espectro de lo que fue. Y pensar que Grecia actualmente vive de lo que fue en el pasado; vive solamente del turismo y en ello de las ganancias económicas que dejan todos los años miles de personas que buscan caminar por esas tierras de mitos... Mi biografía todavía no la terminó, está inconclusa, pues me puse a escribir un cuento mítico sobre Sounion. A través de él pretendo encontrar la magia e inspiración que no hallé en ese lugar. A lo mejor no la supe encontrar. Eso era lo que me decía mi simpático guía... Por el momento mi querido Byron tendrá que esperar un tiempo más para nacer.

Yo soy el que escribe esta historia

Yo soy el que escribe esta historia. Tengo que hacer un cuento fantástico para la clase de literatura. Mi profesor me estima mucho y no lo puedo defraudar. Mi cuento se llama *Miradas desde Delphos*. Siempre me ha gustado la mitología clásica. En la casa tenía un antiguo libro de mitología, pero lamentablemente estaba escrito en francés y no entendía nada de lo que decía. Por lo que me contaba mi madre el libro podía haber sido o de mi abuelo o de mi abuela. Ella ya no se acordaba. Siempre lo había visto en el mismo lugar: el escritorio de mi abuelo. Ese libro fue mi mejor amigo durante muchas horas en un verano inolvidable. Como estaba enfermo de sarampión y no podía salir de casa se lo pedí a mi madre para hojearlo. Ella muy reticente me lo trajo. Lo cuidaba como un tesoro realmente mítico. De este modo

pasé mucho tiempo tratando de comprender sus palabras francesas. Y al mirar sus bellas imágenes inventaba muy entretenidas historias; así devine como una Karen Blixen. Así me inspiré para mi escrito... Para hacer un cuento atractivo para el curso puse a mi propio profesor como personaje principal. Y como él siempre hablaba de sus ángeles que lo acechaban, lo introduje en una historia que se componía por la presencia de ángeles que lo impresionan un día que camina por Gran Vía en la mañana; así como los ángeles de Wenders. Me acordé que su abuela había muerto hace poco tiempo y la hice pasar como un mensajero mítico que le indica cuál es su misión en esta vida. Creo que no le gustó del todo el cuento. Se sentía observado por sus alumnos. El tema de su abuela fue lo que más le desagradó. Parece que la quería mucho. Fui muy imprudente y maleducado al escribir sobre ella. Se sentía burlado y en cierta forma traicionado por su alumno más

querido. En todo caso me calificó bastante bien. Hace mucho tiempo que no lo veo, espero que se encuentre bien de salud. Siempre en agosto enfermaba, no soportaba el verano madrileño con su célebre ‘canícula’, incluso en varias ocasiones se desmayó... Ahora que recuerdo no me devolvió mi historia. Con la excusa de recuperar mi cuento lo iré a ver, a lo mejor sigue viviendo dónde mismo. ¿Qué será de él?...

30

Yo soy la que escribe la historia

Yo soy la que escribe la historia. Soy una profesora que se siente muy sola. Mi vida siempre es repetir la misma rutina diaria; nunca nada cambia. Dar clases, corregir trabajos, realizar conferencias, organizar eventos, etc. ¡Ya no puedo más! Vivo una vida que no es mi vida. La camino haciendo ca-

mino al andar. Y cuando vuelvo mi vista a mi pasado, solamente veo “estelas en la mar”. Meras ausencias constituyen la biografía de mi vida; solamente veo lo que pudo ser, un tal vez y algún quizás... Un día que viajaba en mi coche creí ver el gesto más bello que había visto. Al detenerme en un semáforo próximo a la antigua estación de Príncipe Pío lo vi. Era un hombre más o menos joven. Su aspecto no era del todo agraciado, no podría decir que es un hombre guapo, pero algo especial tiene que cuesta precisar. ¡Es un hombre! En ese momento tenía una mirada triste, pero, a la vez, jovial... ¡Cuesta describir su mirada! Me parece que se había bajado recién de un coche, lo estaba mirando nostálgicamente. Me di vuelta rápidamente para ver a quién miraba. Lo conducía una mujer. Parecía, en cierta forma, que él seguía sentado en ese coche, su mirada quería permanecer en él y buscaba no bajarse. Sus ojos eran de un hombre

enamorado, como se dice vulgarmente de un ‘carnero degollado’... De esto sé algo, porque ya alguna vez vi esa mirada... Creo que él se sentía eterno en esa fracción de segundo; es como si estuviera a solas en el mundo viendo pasar inexorablemente la vida frente a él. Parte de su eternidad majestuosa se me traspasaba de alguna manera. Al parecer tenía que tomar el metro, pero se resistía a hacerlo; no quería bajar por esos escalones a las profundidades de la tierra oscura, pretendía seguir en la luz de su amada. Su mirada no la perdía de vista; era intensa y llena de pasión contenida... ¿Quién era él? ¿Quién era ella?... Una pareja de enamorados o una aventura de amantes o simplemente era una relación amorosa incompleta lo que estaba ante mí, un amor imposible de esos que se llamaban amores cortesanos. Me dije a mí misma, con mucha vehemencia y convicción, si un hombre me llegara a mirar así sería el hombre de mi vida; no lo dejaría marchar. Esos

ojos se me han quedado grabados en mi memoria vital... Así que compuse la historia de dos escritores que se conocen cuando viajan a sus respectivas casas en tren. Ella se siente mirada por él y él por ella. Traté hacer un diálogo entre ellos, pero no resultó. Todo diálogo rompía el ambiente puro del amor; lo ideal era escribir lo que Wong Kar-Wai muestra brillantemente en un plano de sus films. Muchas veces las palabras sobran pues están demás en el horizonte del puro amor. El silencio del amor no puede ser interrumpido por la palabra impertinente. Ella hacía una biografía sobre su abuelo y en ese momento se distraía escribiendo un cuento mítico. Éste era sobre un hombre que quiere ganar su inmortalidad y para eso tiene que dar vida a los dioses griegos. Mientras escribía se siente cada vez más seducida por esa mirada profunda del joven que está sentada al frente de ella. Sus miradas cada vez se aproximan más... Es una bella historia de

amor. Me gusta. No quiero terminarla. Él debería tener la mirada del joven del semáforo, pero lo que todavía no tengo claro es que si será para toda la vida. Puede ser que ese amor se realice o que acabe para siempre. Es posible que cuando estaba mirando a ese joven que miraba a su musa, él ya había decidido acabar con todo. Y se lo estaba comunicando con ese gesto. No se lo podía decir, pues la ama mucho y no quiere causarle daño. Basta ese gesto de él hacia ella y ya ¡se ha acabado todo!... Puede ser que mi historia termine así. A veces un amor imposible se debe cortar de raíz y luego todo se transforma en un mero recuerdo... Un gran amor se convierte en un simple gesto... ¡No!, esto es imposible; un gran amor nunca acaba, pues sería la muerte para ambos...

31

Yo soy la que escribe la historia

Yo soy la que escribe la historia. Mi padre no quiere por ningún motivo que deje la universidad. Estoy estudiando literatura en una prestigiosa universidad. Sin embargo, no me gusta lo que me enseñan. Los profesores son eminentes críticos literarios, pero escriben sin inspiración. Las musas griegas se reirían de ellos... Solamente quiero escribir y escribir. ¡Y nada más! He intentado conversar con mi padre varias veces el asunto, pero su negativa es total. Él no cree que yo tenga la capacidad para escribir. Para él los grandes escritores se dan de vez en cuando, el resto tiene que conformarse con ser lo que meramente son: críticos, periodistas, biógrafos, historiadores, plagiadores, deconstructores, etc. Así que un día un poco molesta con la situación le quise demostrar a él que era suficientemente capaz de escribir una gran historia. De este modo me puse a dar vida a un cuento en el que él es el protagonista. Mi propio padre será el personaje principal de

esta narración. Yo pretendía que él sintiera lo que es la inspiración. La que él dice que yo no poseo. Me lo imaginé caminando por Gran Vía. Y me propuse que se enamorara de la mujer más enigmática que halla podido ver alguna vez. De esta manera sentiría por un instante lo que es alcanzar la infinitud. Creo que mi padre nunca ha sentido nada eterno en su vida, por eso niega que yo lo pueda sentir. No cree en las musas... Lo extraño de mi historia es que fue paso a paso cambiando de estructura y terminé hablando sobre un juego mítico temporal en la que mi padre estaba sometido al capricho de un extravagante cuento literario de un alumno. Era su propio alumno que escribía la historia de su profesor al escribir un cuento. Ni me acuerdo como cambió de orientación mi escrito. Se me hizo tan confuso el cuento que no lo pude acabar... A lo mejor es verdad que no sirvo para ser escritora. Mi padre trabaja en una agencia de viaje. Él está a cargo

de la ruta a Grecia. Y siempre me dice que me llevará a unos lugares muy mágicos. Pero para eso debo terminar mis estudios. Pero, ¡son tan aburridos!... Mi profesora me ha pedido que escriba una biografía. Creo que lo haré sobre mi abuelo. Era un hombre muy particular. Escribía historias que no terminaba cuando viajaba en tren. Su protagonista era siempre mi abuela. La mujer más genial del mundo. Era fuerte, juguetona, creativa, resplandeciente, pero en el fondo era muy frágil. Mi abuelo siempre contaba lo que le había costado conquistar a ese corazón tan indomable y desconfiado. “Viví desgarrado en mi alma varios años... ella, tu abuela, nunca me decía que me amaba, pero se reía en forma tan bella que eso era suficiente para mí”, siempre recuerdo estas palabras de mi abuelo. Creo que haré la biografía de mi abuelo, será bella... En él puedo encontrar la inspiración que busco.

32

Yo soy el que escribo esta historia...

33

“En este momento no podemos seguir conversando. Tú sabes que mañana viajo a Grecia y ya no tenemos tiempo; necesito preparar mis maletas... Por fin me conseguí el dinero para terminar mi biografía sobre mi querido Byron; biografía en la cual he trabajado por tanto tiempo y que recién ahora financia una editorial”, me dijo mi padre. Siempre creí que su famosa biografía, llevaba años trabajando en ella, era más importante que yo. Después que mi madre lo había dejado por un joven que había conocido en el tren, mi padre no fue él mismo. Estaba totalmente obsesionado con esa biografía; era algo casi personal y enfermizo entre él y Byron. Incluso su manía se mostraba de manera patológica y me daba algo de miedo pen-

sar o imaginar en qué podía terminar todo esto... Decía siempre muy orgullosamente que: “Ganaré mi inmortalidad escribiendo sobre Byron...”. Yo creo que se quedará completamente sólo; no hay nadie que lo soporte con sus caprichos. Es imposible que algo tan superficial y carente de arte como una biografía pueda levantar tanto revuelo... No podía seguir estudiando literatura. Tengo la impresión que estudiarla es matarla. No se puede estudiar algo en que está en juego tu propia vida. Desde pequeña he escrito cuentos. No los termino, pero algún día lo haré. Me asfixio en las clases. Esos profesores no saben nada de nada. Su famosa crítica literaria me da asco. Y mi padre no me entiende y, lo que es peor, ni me escucha. Me dice que un día me llevará a Grecia para que pueda inspirarme y así escribir un libro de verdad. Como si mis cuentos inconclusos no fueran realmente historias dignas de ser contadas... Mañana parte a Grecia, espero que pueda

encontrar lo que quiere, se le ve tan entusiasmado que se comporta como un niño con juguete nuevo. Yo por mi parte lo único que quiero es escribir y escribir y conocer a un hombre que sea el personaje de mis cuentos. Sé que el verdadero escritor solamente escribe una historia en su vida, pero una y otra vez de múltiples formas. Por esto su protagonista siempre es él mismo. Son los mismos gestos los que aparecen en todos sus escritos. Yo no he podido coger ese gesto inmortal. No he podido ganar mi inmortalidad escribiendo. “Escribe sobre tu abuelo. Te gustará saber que él se creía escritor, al igual que tú. Nunca terminó nada bueno... En él puedes encontrar un modelo que te inspire... Yo lo quería, pero creo que nunca se lo dije... A mí me gustaban las biografías; nunca he sido un hombre creativo; me sentía muy seguro y confiado escribiéndolas”, así me dijo mi padre antes de partir a su aventura griega. Y desde ese momento estoy tratando

do de escribir algo sobre mi abuelo que valga la pena.... Le podría presentar mi escrito a la profesora de literatura clásica. Ella es la única que me entiende algo. Sería extraño pensar que a través de un hombre que no conocí le encuentre un sentido a seguir estudiando. Y fue mi egoísta padre el que me lo dio... Hace tanto tiempo que se marchó y no ha vuelto; no sé nada de su viaje y de su misión. Quería ir a dos lugares muy precisos: Cabo Sounion y Delphos. Estaba obsesionado con visitarlos. ¿Qué esperaba ver en ellos? Se lo pregunté reiteradamente. Y me contestó alegremente: “¡Miradas y gestos!... Nada más que miradas gestos...”.

34

Es realmente hermoso y seductor el cuento de mi alumno. Sabía que no me defraudaría en absoluto. Cuando uno lo lee, tiende a darle vida. Es todo un escritor. Los escritores

nos dan un mundo en donde nos podemos escapar de esta existencia cotidiana y tan aburrida y pesada a un mundo ligero y jovial en donde habitan dioses y musas. Y este chico tiene el poder para ser un creador de mundos insondables y míticos. ¿Cómo se le ocurrió unir lo mítico de los griegos, con una biografía de Byron y con una pareja de enamorados en el tren? Hasta yo aparezco en el cuento. Me describió como una persona que anda buscando algo que le dé solidez a su vida. Y no pudo hacerlo mejor que enamorándose perdidamente de un “ángel” que vi mientras caminaba por Gran Vía a pleno sol; de ese sol que te hace alucinar... Pero, esos caballos famélicos, son como quijotescos ¿qué hacen en el escrito? ¡No lo entiendo! ¡Es absurdo!... Lo más hermoso es el poema que el joven escritor del tren le entrega a ella antes de bajarse:

“... ya me tengo que ir mi musa,
eres lo único bello que he visto desde
mi niñez,
y serás la inspiración de mi frágil vida,
no quería hablarte,
solamente contemplar tu mirada,
quisiera morir en tu mirada,
¡ya he muerto!...

... en este nuevo amanecer,
yo estaré siempre contigo,
¿estarás tú en mi corazón?,
sé tampoco de ti,
pero tu mirada me sonríe,
y me dice: ¡Sí!...

... tus manos no dejan de jugar mien-
tras escribo,
¿estás nerviosa?,
no temas,

la fuerza de tu corazón la siento palpi-
tar,
tus suspiros me suspiran,
te siento,
¡ya te extraño!...

... ¿Dudas de mi amor?
Y me miras desde la lejanía,
te digo dame la mano
y tu sonrías,
¿Mi amor no puede tocar tu corazón?,
¡a veces!...

... ¿Me voy o me quedo?
Tus señales me dicen: ¡quédate!,
Tu silencio me dice: ¡No sé!
No temas mi vida,
volverás a confiar en el amor...

No puedes ser mi eterna musa,

de carne te quiero a mi lado,
¡ya no un verso!,
¡sí un beso!...

... Nacimos para estar unidos...”.

Mientras leía el poema recordaba nítidamente la primera vez que la vi... Fue en una bella mañana en un Aeropuerto perdido del mundo, que no merece ni la pena nombrarlo. Ella estaba muy elegantemente vestida y sus gestos eran finos y delicados. Y su mirada era de lejanía y de nostalgia. El gesto al verme ya me dejó cogido. En el poema estaba descrito, en cierta forma, lo que yo había sentido en ese instante. Me pregunto si este sentimiento será compartido por todos los que han sido seducidos por el gesto de una mirada. El gesto no es de nadie. Solamente está ahí, en la eternidad. Es por esto que a veces recordamos a personas queridas a tra-

vés de ciertos signos. Las personas, sus rostros, sus cuerpos, sus sentimientos se hacen inmortales por sus gestos. Son éstos los que les dan su paso a la infinitud. Más allá de cualquier tiempo, de cualquier espacio y de persona, el gesto es él mismo. Y se nos ofrece como un don, un regalo. El que tiene ojos para tal donación es el que gana su inmortalidad. El que no percibe el regalo vive en la oscuridad del hombre, del hombre demasiado hombre. Este es el hombre que ha olvidado su pasado divino en la luz de los dioses inmortales. Es posible que sea verdad que el Cielo dio paso al Tiempo para que éste dejara aparecer la Luz. ¿Cómo es posible que vivamos en la luz en medio de tanta oscuridad? ¡No lo entiendo!

35

He estado escribiendo desde hace demasiado tiempo. Me canso de tanto escribir. Pero a la

vez no puedo dejar de hacerlo. Es como si estuviera embargado por algo que me sobrepasa; es como si fuera mi destino. Miro y leo lo que escribo y no logro terminarlo. Me parecezco a ese poeta griego que de niño se fue a Italia a vivir y cuando volvió a su patria natal ya había perdido su lengua con todo lo que eso significa. Un hombre que ha extraviado su lengua materna caminando por la vida ha perdido el suelo, la tierra donde pisar y moverse. ¡Es un apátrida! Era un extraño para sí mismo y para los demás. Intentó realizar un poema que proclamara el esplendor de Grecia, pero no tenía palabras para hacerlo. Con la poca fortuna que trajo desde Italia empezó a comprar palabras. Compraba toda palabra que “sonora” bien en un verso. No importa que no entendiera tal o cual palabra. Si el verso por medio de esa palabra sonaba bien, en armonía, entonces pagaba por ella. Esa palabra para él era un regalo de los dioses. Se hizo muy popular en esa pequeña isla griega,

donde residía. Todos los días los habitantes le vendían palabras. Para ellos él era un excéntrico y loco poeta con dinero. Para él ellos eran su salvación y liberación. Lamentablemente nunca tuvo las suficientes palabras para terminar su poema. Y murió dejando inconclusa su obra... Sé que tengo que terminar mis cuentos, pero no me siento inspirado para hacerlo. En verdad no tengo palabras para dar cumplimiento a mi historia. Lo único que se repite en mi decir es la mirada de mi musa, de mi reina. Me he dado cuenta de que en todos los papeles escritos que poseo de mi abuelo siempre ella se manifiesta. Y cuando quiero cogerla se desvanece. Es como esas ninfas griegas que habitaban en los bosques, en los ríos y en las grutas. Siempre están con uno, pero cuando alguien intenta atraparlas con la mirada ellas desaparecen, dejando una mera sensación de ausencia, de ser meras estelas en la mar. ¡Y nada más! Las musas se nos transforman en

recuerdos no de imágenes, sino de sentimientos. Son los recuerdos más frágiles, pero a la vez más duraderos. Yo inventaría una palabra para llamarlos. La palabra es “transfinito”. Es la infinitud de lo finito... En el simple gesto ya está contenida su inmortalidad. Mi musa era todo eso y más, ¡era mi mujer! Creo que esa es la razón de mi imposibilidad de terminar una historia. No quería que acabara. Me daba miedo que ella no volviera a manifestarse. Si me faltara la inspiración ella ya no estaría a mi lado. Y creo que yo no puedo vivir sin “mi ángel”, ella es “mi vida”. A veces sé que yo soy su creador, pero de inmediato es tal la vida que cobra que me sobrepasa y me siento mirado, mimado y amado por ella. Pero me digo la única forma en que yo pueda crear a semejante ángel, es que de alguna forma yo ya esté siendo inspirado por una musa. Luego, la musa es anterior a mi propia creación. Es ella la que le da vida a mis personajes y en esto le da vida a

mi vida. Yo solamente creo lo que se me deja crear. Y la musa que describo y que siempre desaparece en mis historias es la musa que me inspira a escribirlas. Ella es muy lúdica y juguetona. Gusta verme a escondidas cuando estoy creando. Y cuando me doy cuenta de que me mira como un rayo se esfuma. No hay modo que la pueda agarrar. Es como el viento de escurridizo o como una tormenta en plena furia. ¡Siempre dinámica!... ¿Es posible coger lo que de suyo es fugaz? ¿Se podrá tocar de alguna manera? No se deja o ¿no puedo hacerlo? Me siento invadido por un sentimiento total de impotencia. ¿Me volveré loco?... Cuenta las leyendas antiguas que las musas son frías y muy tímidas. Ellas nacen solamente para inspirar no para amar. Esa es la misión asignada por los dioses. Cuando una musa se enamora de su poeta mortal al cual tiene que inspirar solamente, el castigo de los dioses es brutal. Ella pierde su inmortalidad de inmediato. Y está condenada amar

de por vida a su poeta. Es muy parecido a esa historia de amor entre Brunilda y Sigfrido... Perder la inmortalidad por el amor, o sea, ya no ser divino sino simplemente humano... Habían poetas que no podían soportar que su musa fuera solamente mortal, la poesía mandaba en sus vidas; en cambio, otros dejaban la poesía por el amor y hacían de su musa-mujer el fin de su vida. Los primeros vivían siempre en la desdicha y su musa caída lloraba por el dolor de la falta de inspiración de su poeta hombre. Los segundos vivían en la felicidad y su musa-mujer se sentía la mujer más amada en la tierra... ¿De qué tipo es mi musa? ¿Soy poeta u hombre? ... Hombre, pues amo con todo a mi mujer...

36

A pesar del viento pude caminar. Me tenía muy preocupado el viejo. Se pudo haber caído y no me había dado cuenta... Yo estaba

feliz. Había encontrado la inspiración de mi estimado Byron. Ahora tenía que volver a Atenas para que emprendiéramos viaje a Delphos. La ciudad del oráculo. Traté de girar en torno al templo. El viento y la claridad me molestaban mucho y no podía maniobrar con seguridad. En cada movimiento que hacía estaba en juego mi vida, pues perdía el equilibrio. El acantilado me esperaba con sed de sacrificio... ¿Se puede llegar a la inmortalidad a través de la muerte? Ya lo hizo Hércules, ya Ariadna, ya Aquiles. Pero yo no estaba dispuesto a contestar esa pregunta. ¿Por qué se tiene que pasar por la noche para que la mañana vuelva a manifestarse? ¿Somos miserables seres del ocaso? ¿Somos un simple atardecer?... De repente me doy cuenta de que las tonalidades del cielo estaban cambiando. Pero si era recién el mediodía. Veo mi reloj y marcaba las seis de la tarde. Habían pasado seis horas y no me había dado cuenta. Era absolutamente asombroso. El

tiempo pasaba sumamente rápido, pero en ese lugar no se percibía para nada su impronta. Para mí era tan solo un instante, pero en realidad fueron seis horas. Y el sol se estaba poniendo. “Los dioses se van a despedir del auriga... Ellos confían en ud. creen que es merecedor de su inmortalidad”, estas palabras me las decía el viejo. En un momento ya estaba a mi lado. No sé de dónde apareció. El viento, el polvo, las tonalidades del sol no le molestaban. El cielo fue adquiriendo un hermoso color anaranjado. Poco a poco todo el cielo había dado paso a la luz a través de un breve tiempo. El espectáculo cromático era singular y único. No se puede describir. Es como si cada tonalidad del cielo fuera un rostro de la divinidad. Estaban todos los dioses presentes en distintos ritmos visuales. Me sentía totalmente iluminado. “En verdad ud. se ha ganado el afecto de los dioses... No los puede defraudar”, el viejo proseguía. Yo completamente atónito me

sentí “transfinito”. En un momento todo era parte de mí y yo parte del todo. La luz me atravesaba. Me sentí cogido por lo divino... De pronto ya todo había pasado. El sol se había puesto. Y comenzó a oscurecer rápidamente. Era la oscuridad la que reinaba nuevamente. El viejo me tenía sujeto del hombro. Sentí un fuerte apretón y luego su típica risa. “Es hora de partir de vuelta a mi legendaria Atenas... Mañana nos vamos a tu Delphos, puede ser que ahí obtengas ‘miradas distintas’ de las cosas... Ya auriga al carro de acero... ¡Vámonos!”. Fue la primera vez que creía entender algo de lo que el viejo decía. Estaba tan feliz que lo único que quería era escribir todo lo que había pasado. Pero no tenía ni una hoja de papel. “No se apresure, ya tendrá mucho tiempo para escribir. En este momento los dioses escriben nuestras vidas, del escribir nunca más podrá salir, mientras se escribe las cosas son lo que son y nada más y nada menos... ¿No ha pensado

que todo lo que hoy le ha sucedido sea simplemente una historia que está siendo escrita a cada momento, por eso no la percibe como historia escrita, sino como historia vivida?”, me dio un poco de miedo el tono con que me habló el anciano. En todo caso me acuerdo que una vez leí algo parecido en un cuento. Lo había leído entre los cuentos de mi padre... Se trataba de un joven que escribía cuando viajaba en tren. Él tenía el don que sus personajes adquirieran vida. Y una vez se enamoró de su propia creación. Lo que lo llevó a nunca terminar su cuento. Escribía la vida de ella sin que ella se diera cuenta de que su vida no le pertenecía, era mera ficción de un escritor. Incluso le hacía a ella misma escritora de la vida de él. Y también le hacía creer que él era un personaje de su escribir, así pensaba que ella no se daría cuenta de la verdad. Finalmente el cuento terminaba cuando ambos se enamoraban perdidamente y decidían bajarse del

tren e intentar realizar una vida lo más plena posible... Nunca supe si ese cuento era de mi padre o era de otra persona. Pero estaba entre sus cuentos más queridos. Su final era muy absurdo, pero me gustaba. Creo que se trataba de un diario de vida, en verdad no recuerdo bien... “Es extraño pensar que puedo ser nada más que una historia”. Me decía a mí mismo, mientras conducía el coche de vuelta a la ciudad. La noche ya había caído. Ya no tenía miedo al camino sinuoso. En cierto sentido me sentía un poco inmortal, pero no sé decir cuál es la razón... El viejo cantaba antigua canciones griegas. “Son ditirambos para nuestro padre bailarín. Nos falta el vino y la música y algunas bellas mujeres... ¿No cree?”, pronunció el viejo con voz muy alegre. Y prosiguió con unos gritos: “¡Evohé!, ¡evohé!, ¡evohá!”.

Tenía que escribir una biografía sobre ese hombre. El tren es la clave de todo. Él solamente escribía cuando viajaba. ¿Por qué? Lo voy a descubrir... Sé tan poco de Grecia y él era un enamorado de ese país. Vivía y se desvivía entre mitos, dioses y musas. Y, además, nunca dejaba de lado sus helados... Si es verdad que escribía cuando viajaba, puede ser que me inspire y vea a la musa que lo inspiraba. Pero ¿qué digo?, yo me estoy volviendo loca como él. Puede ser que no fuera tan loco, sino simplemente un hombre solitario que le gustaba fantasear cuando viajaba en tren... He viajado por largo tiempo y no siento nada especial. No me inspiro. ¿Por qué viajabas en tren escribiendo? ¡Cuéntame tu secreto! Ya sé... Me pondré a escribir. Él lo hacía así. ¿Sobre qué escribo? Escribiré sobre Grecia. Pensaré en mi abuelo y lo pondré como personaje, será un hombre que tiene que ir a Delphos a ganar su inmortalidad.

Seguro que esto le gustaría a él... No puedo escribir en forma cómoda en el tren, el movimiento, la gente, los lugares que veo pasar me distraen. Y ese hombre del asiento de al lado que no deja de escribir me perturba; trataré de leer lo que escribe. Miraré con disimulo, ya veo algo. ¡Escribe un diario de vida! ¿Será de él mismo?... ¿Cómo mi abuelo no se distraía cuando escribía?... Hay una pareja en el asiento de al frente que no deja de mirarse. Es extraño porque los dos escriben. Y se miran, se coquetean y vuelven a escribir... Me distraigo mucho al verlos. Son como niños. ¿Por qué no se deciden a hablarse? Es obvio que se gustan. La profundidad de la mirada de él es total. Pero hay algo extraño en sus gestos. No parecen de este mundo. Es como si estuviera sacado de otro lugar. Parece el único habitante de su país. Se viste de modo poco acostumbrado. Y tiene gestos tan poco usuales. Son gestos de viejo. Ella se ve más tímida. Y bastante risueña.

Lo mira con cariño y ternura. Se ve que lo quiere. Ella es más contenida y silenciosa; en cambio, él es más extrovertido y parlanchín. Sus miradas se entrecruzan varias veces. Él la derrite con su ver, ella se deja derretir. ¿Qué pensarán?... Si alguien me mirara así... Ella está feliz, dichosa. Él se ve más intranquilo. En este momento él se levanta del asiento. Le va decir algo. Es muy impulsivo... No entiendo del todo lo que habla: “¡No dejes de escribir!... ¡Te amo!... ”, le dice. No puedo escuchar lo demás. Parece que se va de viaje. ¿Adónde?... Grecia, estoy segura que dijo Grecia. Escribe algo sobre un poeta. Ella lo mira extasiada y con gran asombro. Parece que a él se le sale el corazón por la boca. Está muy nervioso, creo que esconde algo. ¿Qué será?... Se nota muy preocupado. Me da la impresión que él la siente fugaz. Siente que se le va, por eso su desesperación. La quiere retener de algún modo. Pero ella no lo entiende; sin embargo, lo tienta con su mirada.

Ella no le dice nada. Él la necesita, pero ella guarda silencio... ¿Por qué en el amor se da necesidad? ¿Por qué en la necesidad habita el silencio?... Los gestos de amor que observo son muy bellos. Espero que no se bajen del tren... En este instante he encontrado mi inspiración. Buscaba la musa que inspiraba a ese hombre. Ahí la estoy viendo. Y ahora lo hace conmigo... Es extraño darse cuenta de que en el lugar menos pensado y más simple se puede percibir el gesto de la inmortalidad. Eso era la musa de ese hombre. En el cuadro de delante de mí veo a la musa en silencio junto con su inspirado poeta... ¿Será él el hombre que veo? En ese hombre recuerdo a un abuelo que no conocí... ¿Por eso viste así? Y ella es su musa. ¡Mi musa! ¡La musa!; en verdad, ya es mi mujer...

Siempre cuando escribo en el tren me pongo muy nervioso y tenso. No sé nunca el momento en que “mi vida”, “mi reina” hará su aparición. Sé que vendrá, pero no sé cómo lo hará. Y bajo qué figura estará escondida. Pero sus gestos la delatan, aunque sea por fracción de segundo. Tengo un libro en mi escritorio de mitología griega escrito en francés. No me importa no saber francés, lo que me interesa es la figura de Ariadna. Su mirada es la mirada de todos mis personajes, es la mirada de mi musa, de mi ninfa, de mi reina, de mi heroína, de mi escritora, de mi mujer. O ¿será la misma Ariadna la que me inspira y juega conmigo?... Es curioso darme cuenta de que nunca trabajo en mi escritorio, en mi casa, sino que, cuando estoy allí, constantemente ojeo un libro antiguo y viejo que no entiendo, pero que me seduce, sobre todo por una mirada de una mítica y, a la vez, real mujer. Y cuando debo escribir solamente me

puedo concentrar cuando viajo en el tren. Me gusta el movimiento, la gente, los lugares que pasan y pasan a través de mi ventana. Me gusta todo lo vivo, lo que cambia, lo que me libera... Algún día tendré hijos y los llevaré a pasear en tren con papel y lápiz en mano. Si tengo una hija escritora la exhortaré a que termine sus escritos y que nunca se deje seducir por la musa que lo inspira. El escritor no se puede enamorar de su musa. Si lo hace está condenado a sufrir pero a la vez amará como nunca se ha amado. No se puede enamorar de lo que de suyo no puede amar, sino simplemente inspirar; sin embargo, en el amor que es amor siempre está la transgresión. El poeta se inspira en su musa y su misión es parir centauros. “Estará prohibido que un poeta se enamore de su musa; si esto se cumple él tendrá el don de ‘crear estrellas danzarinas’; si esto no se cumple estará condenado a padecer por eternidad el desgarró más radical de su alma”; prefiero el desgarró,

pues es amando y en la vida son muy pocos los que aman. Este es el decreto de los dioses que todo poeta lleva inscrito, con palabras inmortales, en su alma. El desgarró se produce por la confusión permanente entre amor y creación... Le diré a mi hijo que haga biografías, son más sencillas para realizar; además, uno siempre conoce el final. En todo caso, incluso al biógrafo, le cuesta mucho saber cuál es la inspiración que mueve al escritor; siempre la musa se esconde tras el escrito. No hay biografía verdadera mientras no se sepa cuál fue la musa que inspiró al escritor. Será por esto que yo tampoco podría hacer una biografía, no la podría terminar mientras no supiera su inspiración... Una vez más mi musa me pierde en el laberinto. Y me deja ahí a merced del Minotauro y sin el hilo de la sabiduría que me permita encontrar la salida; en realidad es eso, debo enfrentarme al Minotauro y vencer el hilo, ese miedo a vivir en una insana racionalidad...

Me gustaría hacer una biografía del simpático Byron. El romántico vivía una estrecha e íntima relación con todo lo que mienta lo griego. Él amaba tanto al pueblo griego que hubiera dado su vida por liberarlo de la dominación turca. ¿Qué sería lo que había cautivado al poeta?... En Grecia se esconden muchos secretos. Los dioses se ocultan de la oscuridad del alma humana. La luz divina permanece para los que pueden verla. Byron fue uno de ellos. El resto no es nada más que la humanidad. ¿Por qué el hombre quiere y busca tanto para sí y no se da cuenta de que en un breve gesto está su eternidad?; por ejemplo, en un simple decir: ¡te amo! a la mujer que te ama cuando se están amando... ¡Sí!, un hijo mío buscará la inspiración que movió el corazón del poeta. Y llegará el día en que mis nietos quieran saber de mí. Mi espíritu no se resigna al olvido del hombre. Si los tuyos no te anhelan ni te buscan no habrá para ti ningún reencuentro posible.

¿Cómo es posible que el tiempo perdido se encuentre si no hay un espíritu que ya lo haya alcanzado de alguna manera? No se puede buscar el tiempo que se nos fue; ni se puede buscar a un abuelo, si yo ya no soy su nieto o nieta. Mis nietos se preguntaran por qué yo escribía en trenes historias inconclusas, cautivado por la mirada de una musa enigmática. Esta pregunta ya los acercará a la respuesta; solamente se necesita de ojos para ver, oídos para escuchar y un cuerpo para sentir... Mi nieto, o mi nieta, ya me está buscando y quiere dar conmigo...

39

¿Por qué me dices esas cosas? No te conozco. Lo tremebundo de tu decir me desconcierta y me asusta. Veo tanta necesidad en tu decir. Tu necesidad quiebra la simetría de mi silencio. Recién te veo y ya me descolocas. Me atontas con tus gestos. Basta que me roces

con tu cuerpo y me erotizo; quiero vivir en ti, en tu cuerpo; quiero sentir que me sostienes, eres tan fuerte que sé que lo puedes hacer... ¿No te puedes sentar?, la gente nos mira. Esa mujer de ahí no nos saca la vista de encima. ¡Tranquilo!.. ¿Cómo que no puedo dejar de escribir? ¿Cómo me puedes amar de esa manera si antes no me habías visto? ¿Por qué me cuentas lo de tu viaje a Grecia? ¿Por qué eres así? ¿Qué quieres de mí?... ¿No te han enseñado a conquistar a una bella señorita con modales más refinados? Era una broma, no te enojés. No tienes sentido del humor. Espero no ser muy dura contigo. ¡Dímelo! Si es así... No es que te rechace. Lo que sucede es que me agobias. Vamos por partes. Te vuelvo a preguntar: ¿qué quieres de mí? Pero en forma pausada contesta. Ahora no hablas... Guardas silencio... ¿Te he ofendido? No quería hacerlo... Tu mirada es tan bella, si estoy loca por ti: ¡tontito! Y tus ojos están a punto de estallar en una tormen-

ta. ¡Tranquilo!.. Bien, yo sé que tú esperas que te diga algo bello. Yo... ¿Qué ridícula situación? ¿Me siento observada y privada de mi libertad? ¡Sí!, espera... pero, ¿no te sientas? ¡Qué porfiado eres! Se te ha caído tu papel en donde escribías. Espera yo te lo recojo... ¡Toma!... ¡De nada!... ¡Sí, tienes toda la razón! Lo que sucede es que... Pero, ¡no me interrumpas! Bien te lo concedo, pero lo... Cuesta hablar contigo, tiendes a conversar en un eterno y dictatorial monólogo. ¡Tienes que aprender a escuchar!... ¿Cómo una chica puede sentirse atraída por ti, si tú no la dejas expresar? ¿Por qué no te sientas? Te puedes caer con los bruscos movimientos del tren... ¡Sí!, pero baja el volumen de tu voz. Todos nos escuchan. ¡Bien, que lo hagan!... ¿Qué quieres escuchar?.. ¿Tus palabras son un tanto desmedidas?.. Pero, ¿cómo me puedes amar así? ¿Cómo es posible que quieras...? ¿Por qué tengo que decidir ahora?... Espera respondo, estoy pensando, pero si tú ya sabes

todo de mí, hasta lo más profundo de mí, hasta lo que me duele confesar, eso también lo sabes, pues tú eres el único que me sientte... ¡Dame un minuto! ¿Qué impaciente eres? ¡Sí!... Dije ¡sí!... ¿Cómo que no te gusta como lo dije?... ¡Eres increíble! Te digo que te amo con todo, que te adoro y tú tienes esa carita... ¡No te entiendo!... Me propones una locura, no nos conocemos y te enojas cuando te digo que sí, porque no te gusta el tono en que lo dije... ¡No me has dicho tu nombre! ¿Por qué vistes así?... ¿Llamas la atención para impresionar a mujeres que escriben tranquilamente?... ¡Era una broma!... ¡Cambia la mirada!... ¡Sí!, yo también... ¡Tontito!, te adoro...

40

Creo que me la jugaré por este joven. Necesita una oportunidad. Él escribe como los dioses. Trataré de conseguirle una beca. No es

tan difícil hacerlo, basta que muestre algún escrito de él... Necesito leer otros cuentos suyos. Le pediré que me escriba uno de amor. Veamos si puede con ese sentimiento... ¡Bien!, ya me lo trajo. Se trata de escritores que se conocen en el tren... Pero, ¿cómo pudo traer el cuento de inmediato? Ya está en mi escritorio... ¡No entiendo qué sucede! Trato de pensar en él y no puedo dejar de leer sus escritos. No me acuerdo ni cómo se llama. Tampoco recuerdo nada particular de su aspecto físico. Solamente tengo en mi mente gestos de él. ¡Nada más! Mi joven y capaz alumno ¿quién es? Estoy enloqueciendo... ¿Cómo se llama este cuento? *Flash-back*... No sé ni lo que indica el título. ¿Cómo sé que este escrito es de él si no tiene ni firma? Pero, sé que es de él... ¿Puede ser esto un cuento de amor? Pero, ¿quién es él?... ¿Cuándo se matriculó en mi curso? Me siento totalmente desconcertado. Primero fue su escrito fantástico en el cual me describe y

ahora... Pero lo hizo magistralmente. Sentí que yo era ese que caminaba por la calle y se enamoró de un gesto y me sentí inmortal. En su escritura acontece algo muy peculiar. El único gesto que recuerdo de él, es su escritura. Mi joven alumno se me ha transformado en un mero: “el que escribe...”. Me siento desvalido y vulnerable ante sus escritos. Es como si ya supiera lo que hago. Pero, ¿cómo lo puede saber? No es posible que sepa algo que no ha ocurrido... Tengo que averiguar quién es este chico. Pero, ¿cómo lo hago si no recuerdo nada de él? Pero alguien podrá saber de él. No conozco a sus amigos. Debo concentrarme; estoy medio loco, no puedo desesperarme. ¿Qué conozco de él? ¡Nada! Pero, no es posible que él todo lo sepa de mí... ¡Flashback!... ¡Flashback!... Me intriga esta historia, después me preocuparé del escritor, primero leeré su escrito...

“Mañana partimos a Delphos, mi querido auriga... los dioses así lo están escribiendo”, fue lo que me dijo el viejo al llegar a Atenas... ¡Sí!, realmente ellos te quieren, ella le ha dicho, al parecer, que lo quiere, pero él no deja de mirarla, se la quiere llevar a Grecia; el asombro de ella es genial... Estoy escribiendo una bella historia en este viaje; mi nieta quería saber cómo era su abuelo y en esto se enamora de un joven impetuoso que creía que tenía el poder de escribir la realidad... En verdad me amas y ¿por qué no me lo decías? Has esperado tanto tiempo ¿Te vienes conmigo a Grecia? Bajémonos en la próxima estación, me molesta que la gente nos vea así... ¡Bien!, escribiré una historia sobre mi abuelo como lo quiere mi padre, trataré de terminarla antes que vuelva de Grecia; lo haré como le gustaba a él, viajaré en trenes, así podré inspirarme... Ya tengo la inspiración de Byron, puedo hoy dormir en

paz, cuando se la cuente a mi hija no lo creará, a lo mejor ya no es necesario viajar a Delphos; mi padre estaría orgulloso de mí, siempre quiso hacer una biografía de este poeta... Esta historia se escribe por sí misma. No sé quién es su autor. Ni sé si yo soy un producto de ella. ¿Cómo es posible que el escribir se escriba a sí mismo?... Te amo. Yo también te amo... ¡Flashback!...